

Ruanda. Genocidio.

Ruanda, hace 27 años: el genocidio.

El último horror se abatió sobre Ruanda hace 27 años, casi exactamente: el último genocidio empezó el 6 de abril. 1994.

¿Por qué volver a Ruanda, hoy y aquí?

Por deber de memoria. Siempre.

Porque se han conocido en estos días los informes Duclert y Muse.

Porque el presidente de Ruanda, Paul Kagame, ha visitado París recientemente. Porque Emmanuel Macron, presidente de Francia, acaba de efectuar una visita a Ruanda, este 27 de mayo.

Porque algo se mueve.

Por Tierno Monénembo... también.

Acabo de traducir, en efecto, una cuarta novela de Tierno Monénembo: después de *El Rey de Kahel*, *El Terrorista negro* y *Bled* le tocó el turno a *El Primogénito de los huérfanos* o los destrozos causados, especialmente en el alma de los chiquillos, por el genocidio ruandés.

“Esta novela se inscribe en el marco de la operación “Escribir por deber de memoria”, concebida por la asociación Arts et Médias de África y sostenida por la Fondation de France”, dice Tierno al comienzo. En 1998, en Ruanda se encontró con otros escritores africanos venidos a cumplir con el deber de memoria. Entre ellos, dos ilustres conocidos: Boubacar Boris Diop y Abdourahman A. Waberi.

Y así, enhebrando perlas, volví a leer y ya de paso aproveché para traducir, el libro de Waberi, escrito por deber de memoria, *Moisson de crânes, Siega de crânes*.

Me pareció excelente la ocasión para volver a leer la contribución al deber de memoria de Boubacar Boris Diop, *Murambi el libro de los osarios*. Considero que todas las ocasiones son excelentes para quedarse unas cuantas horas con Boris, perdido en sus páginas, en su mundo.

EL GENOCIDIO.

Pero yo, del penúltimo genocidio del siglo 20 (el último fue el de Srebrenica en Bosnia-Herzegovina), del genocidio de Ruanda, sabía muy poco, como muchos en Francia, Navarra y las Españas.

Así que, antes de traducir, busqué fuentes. Solventes. No contaminadas.

Primero me fui, como suelo hacer últimamente cuando busco información sobre África, al *Diccionario ameno de las culturas africanas*, (traducción de *Dictionnaire enjoué des cultures africaines*), libro de mucho jugo y bastante placer de Alain Mabanckou y Abdourahman Waberi publicado por Fayard en 2019. En la página 272 se encuentra la entrada *Ruanda (Genocidio de los tutsis)*.

“1994 fue un año terrible para África con el genocidio en Ruanda. Más de un millón de personas fueron masacradas en lo que iba a ser uno de los últimos genocidios del siglo XX. Los hutus se coaligaban contra los tutsis desde un odio heredado de una ideología occidental que había distinguido a los negros llamados superiores (tutsis) de los negros llamados inferiores (hutus).

Las masacres perpetradas por los hutus contra los tutsis, se asociarían, en un primer momento, a la supuesta barbarie de la “naturaleza africana”. Es lo que explica, en gran parte, la vacilación de la comunidad internacional, durante el tiempo que ha necesitado antes de pronunciar la palabra “genocidio”, mientras que, en el terreno, muchos eran los observadores que no cesaban de alertarnos sobre la degradación de la situación. Hoy, textos escritos por sobrevivientes, periodistas, historiadores y novelistas “comprometidos” muestran la dimensión de lo que Jean-Pierre Chrétien calificaba como “el nazismo tropical” (Jean-Pierre Chrétien, “¿Un nazismo tropical?” en *Ruanda? Imagen o lógica de un genocidio*”, Vingtième siècle, 1995, n°48).

Me quedé con ganas de saber más, de precisar cosas. Recordé entonces el libro *Ocho lecciones sobre África*, editado por Grasset en el 2020. Se trata de las lecciones impartidas en el Collège de

France, desde la cátedra de creación artística a la que, por primera vez, en el curso 2015-2016 se invitaba desde la prestigiosa institución a un escritor. Eligieron a Alain Mabanckou. Pronunció su lección inaugural con el título *Letras negras: desde las tinieblas hasta la luz*, el 17 de marzo de 2016.

La lección octava y última lleva por título: *Escribir tras el genocidio de Ruanda*.

Referencias históricas para Ruanda.

Ruanda tuvo su primer rey tutsi Ruganzu 1º Bwimba en el siglo 14 y, hasta inicios del siglo 19, el país será gobernado siempre por un rey tutsi, “el Mwami”, reconocido por todos, sin que ello constituya una verdadera manzana de discordia incluso a lo largo de la primera presencia colonial alemana en 1894.

Entre 1900 y 1918, se planta allí la primera misión católica, seguida de la conquista por los belgas después de que los alemanes, derrotados durante la Gran Guerra, se vieran desposeídos de sus territorios coloniales.

Fue en 1925 cuando el “Ruanda-Urundi” fue anexionado al gran conjunto del Congo belga y puesto bajo la autoridad de un vicegobernador general.

En 1943 el rey Rudahigwa, Mutara 3º, se bautiza con sus jefes y subjefes. El soberano tutsi puede contar a partir de entonces con el apoyo de la iglesia católica y de la administración colonial belga. Lo que lo impulsa, siempre con el beneplácito de los belgas, a apartar a los jefes hutus en beneficio de los jefes tutsis.

La estrategia de los belgas es la de la división: suscitar una rivalidad feroz entre los tutsis y los hutus. Y Bélgica sobrepasó los límites al introducir la referencia étnica en el documento de identidad en 1931. Después de la Segunda Guerra mundial, en 1946, Ruanda-Urundi se transformó en un territorio bajo tutela de la Onu que, un año después, cedió oficialmente su tutela a los belgas. La frustración de los hutus es de tal calibre que, lanzados a lo que ellos denominan la “Revolución social agraria”, fundan el Partido del Movimiento de la Emancipación de los hutus, el Parmehutu. En su “Manifiesto de los bahutus” (1957) los hutus ponen en tela de juicio las prerrogativas de la monarquía tutsia y su casi ausencia en los dominios político, económico, social y educativo. En respuesta, los tutsis crean en 1959 la UNAR, la Unión Nacional Ruandesa, y reivindican la independencia del país, lo que llevó a los belgas a cambiar de “socios”, a respaldar de ahora en adelante a los hutus que ellos estiman ser más maleables.

La independencia de Ruanda se proclamó al término de unas elecciones municipales – el partido de los hutus consiguió el 70% de las voces mientras que el de los tutsis no cosechó sino el 2% -, Dominique Mbonyumutwa fue el presidente provisional de Ruanda, empujando al rey Kigeri 5º por el camino del exilio que tomaron también buen número de tutsis a medida que el país se fue cerrando en sus divisiones supuestamente “étnicas”.

En 1961 Grégoire Kayibanda del Parmehutu es elegido presidente de la República, las masacres y el exilio de los tutsis van en aumento.

En 1965, Grégoire Kayibanda es reelegido, el Parmehutu pasa a ser el único partido del país y Juvénal Habyarimana ocupa el cargo de ministro de la Defensa y de la Guardia nacional. Este último, en un escenario clásico de las dictaduras africanas, toma el poder en 1973 tras un golpe de Estado militar y crea un nuevo partido único, el Movimiento Revolucionario Nacional para el Desarrollo (MRND).

El autócrata busca alianzas con la finalidad de asentar su poder y hacerlo duradero. En esa perspectiva, firma un acuerdo de asistencia militar con Francia. El nuevo hombre fuerte reina con puño firme y marca los años 80, apoyado sin cesar por Francia puesto que puede contar con su amistad con el presidente François Mitterrand.

Los años 90 son los de los ataques del FPR, el Frente Patriótico Ruandés. Los intentos de diálogo con el régimen en plaza se multiplican, pero fracasan.

El viento del multipartidismo sopla sobre el continente con el discurso de la Baule, escrito por Érik Orsenna, pronunciado por François Mitterrand el 20 de junio de 1990 en el que se apelaba a una

verdadera democracia en África. A esa “Conferencia de la Baule” que reúne a Francia y treinta y siete países africanos, se le supone significar el deshielo de las relaciones del continente africano con la antigua potencia colonial. La conclusión de la alocución de François Mitterrand parecía ir en ese sentido y abogaba por el final de la “*Françafrique*” [combinación de las palabras *France* y *Afrique* usada para denotar la relación de Francia con sus antiguas colonias africanas], para mayor sorpresa general de ciertos monarcas instalados en el poder desde hacía decenios y que habían sido invitados con toda solemnidad al evento:

“Hablamos entre Estados soberanos, iguales en dignidad, aún cuando no lo somos siempre en medios. Existen entre nosotros convenios de todo tipo. Existen convenios de carácter militar. Reitero el principio que se impone a la política francesa: cada vez que una amenaza exterior surja, que pudiera atentar contra su independencia, Francia estará presente a su lado. Ya lo ha demostrado, en varias ocasiones y a veces en circunstancias muy difíciles. Pero nuestro cometido, como país extranjero, aunque amigo, no es intervenir en conflictos internos. Llegado el caso, Francia, en acuerdo con los dirigentes, velará por la protección de sus ciudadanos, de sus nacionales pero no entrará en arbitrar los conflictos. Es lo que vengo haciendo en el marco de mis responsabilidades desde hace nueve años. De la misma manera, prohibiré siempre una práctica que ha existido a veces en el pasado y que consistía para Francia en intentar organizar cambios políticos interiores mediante complot o conjuración. Ustedes lo saben sobradamente, desde hace nueve años, eso no se ha producido y eso no se volverá a producir.” [La versión íntegra del discurso de François Mitterrand está disponible en el sitio de Radio France Internationale http://www1.rfi.fr/actufr/037/article_20103.asp]

¡Que ocasión perdida! ¿Cómo no aprovechó Mitterrand ese momento para esclarecer el asesinato de Tom Sankara? Al presidente de Burkina Faso lo mataron en 1987, seis años después de la llegada de Mitterrand al poder, en 1981. Y nadie, en la Baule, le preguntó ni tan siquiera nada

¿El final de la *Françafrique*? No del todo porque después del discurso de la Baule, el ejército del Frente Patriótico Ruandés de Paul Kagamé, compuesto esencialmente por tutsis en el exilio y bien entrenado en Uganda, ataca en el norte de Ruanda, y fue gracias a la intervención francesa como el régimen del presidente Habyarimana pudo sobrevivir.

Ruanda se orienta progresivamente hacia el caos. El país está repleto a partir de ahora de milicias (*Interahamwe*) montadas enteramente por el poder constituido. Esas unidades acumulan masacres de tutsis en 1992 en Gisenyi, la región natal del presidente Habyarimana. Era preciso dialogar, encontrar una salida. “Los acuerdos de Arusha” (Tanzania) en 1993 prevén un reparto equitativo del poder entre los hutus y los tutsis. Se exhorta a los exiliados para que regresen al país y se promete integrar a los militantes del Frente Patriótico Ruandés en el ejército regular. Francia puede retirar ya sus fuerzas que ayudaban a ese régimen agotado.

Después de lo que parece ser una salida “definitiva” de Francia, la ONU toma el relevo a través de la MINUAR, la Misión de Asistencia de las Naciones Unidas en Ruanda. Se piensa en el final de los disturbios, se respira. Ruanda llega a figurar en 1994 en el Consejo de Seguridad de la ONU como miembro no permanente – todo un adelanto.

Pero es olvidar que el poder sigue en manos de los hutus que, mediante su inclusión en el Consejo de Seguridad de la ONU, tienen ahora acceso a los documentos sensibles de la Misión de asistencia adscrita al país. Durante ese tiempo, la puesta en práctica de las resoluciones de los “Acuerdos de Arusha” patina. El ala dura del gobierno hutu que reivindica una esfera de influencia llamada “Hutu Power” rechaza la idea de un gobierno de transición que abriera las puertas a los tutsis.

El 6 de abril de 1994 un avión es derribado en el cielo de la capital ruandesa, Kigali. Ese avión transportaba a los presidentes ruandés y burundés. El día siguiente comienzan las masacres de una magnitud descomunal, y el mundo entero vivió en directo uno de los últimos genocidios del siglo 20.

El genocidio, es una consecuencia de cierta herencia colonial

Ruanda pertenece a la “región de los Grandes Lagos” - que cuenta cerca de 170 millones de habitantes – y, como por todas partes en el continente africano, las fronteras de ese espacio de África del Este son herencia de las antiguas potencias coloniales. En su obra *Rwanda, Racisme et génocide, l'idéologie hamitique / Racismo y genocidio, la ideología hamítica* (2013), Jean-Pierre Chrétien y Marcel Kabanda recuerdan que fue con el coloquio organizado en Buyumbura en 1979 consagrado a la civilización antigua de los pueblos de los Grandes Lagos cuando la expresión conoció un resurgir de interés para designar a ese conjunto compuesto por Tanzania, Uganda, la RDC, Ruanda y Burundi. Los conflictos interminables dentro de ese espacio ocupan regularmente la primera plana de los periódicos, llevando a pensar a una fatalidad o barbarie que fuera propia del continente negro. Sin embargo, ese caos es directamente la consecuencia remota de las ideologías propagadas por los colonos y que terminaron incrustándose en el inconsciente de los antiguos colonizados.

El genocidio en Ruanda ha sido precedido por “una literatura” nociva. Para imponerse y poder durar, los colonos belgas se habían apoyado en la *etnia* y habían hecho juegos malabares con los poderes constituidos o con la composición de los grupos. Cierta literatura occidental del siglo 19, embarcada en el vértigo de la colonización, garantizará las “ensoñaciones” de grandeza, afirmando a su manera la existencia en esa parte del este de África de pueblos extraordinarios, muy particulares, alejados de las taras de esos otros negros que venían siendo malditos desde los tiempos bíblicos de Cam. Es esa diferencia, respaldada tanto por la ciencia del momento como por los textos religiosos, lo que será más adelante la parrilla de lectura de las poblaciones de Ruanda.

No se trataba en absoluto de razas a secas, sino de *la desigualdad en el interior de la raza negra*, siendo superior una de las partes a la otra; una de ellas había sido creada para dominar, mandar, al haber conservado en su migración de norte a sur los fundamentos de la inteligencia occidental, mientras que la otra parte negra, la maldita, había permanecido en estado salvaje. Lo que explica la ideología occidental de la misión “noble y humanista” de salvar del negro bárbaro, aún mejor, de alejar al negro superior, esto es, el *hamita*, de la potente capacidad de dañar de los “verdaderos negros”. ¿Exportación de un delirio?: el “sueño” de la creación de un “Oriente africano”, haciendo de golpe y porrazo del Nilo el lugar simbólico donde el exotismo racial, de inspiración bíblico-científico, toma el relevo del exotismo geográfico y entra en coalescencia con él.

Para convencerse, basta con leer las conclusiones del informe de la Administración colonial Ruanda-Urundi, apuntadas desde Bruselas en 1925:

“Los tutsis son otro pueblo. Físicamente, no guardan ningún parecido con los hutus, salvo, evidentemente, algunos fallos cuya sangre no es del todo pura. Pero el tutsi de buena raza no tiene, aparte del color, nada de un negro [...] Los tutsis estaban destinados a reinar ... ¿De dónde vienen esos conquistadores? No son bantúes, eso está claro. Pero su lengua es la del país, claramente bantú, sin huella de infiltración en cuanto a su origen.”

Más cerca de nosotros, a finales de los 70, Paul Perugia escribió:

“El hamita – el hombre con bastón de mando – no sube sino muy tarde, a finales del siglo 12, a la zona inter-lacustre. Aunque en número reducido, representa de inmediato el elemento que unifica la meseta ... [...] Así como los bantúes despreciaban a los pigmeos por su pequeña talla, los hamitas, desde su aparición, se impusieron moralmente por su estatura gigantesca y su ademán patricio. Los campesinos fueron mirados por encima del hombro por una raza de Gigantes ante quienes se inclinaron. La delicadeza de sus rasgos, generalmente inmóviles y altaneros, sus ojos expresivos, su prestancia magnífica, su piel con reflejos rojos, todo hacía esos inmigrantes irreductibles para los bantúes. Los hamitas no son ni negroides ni *européides*. El origen de su raza espléndida sigue siendo misterioso.” [Paul de Perugia, *Les Derniers Rois mages: Chez les Tutsi du Rwanda, chronique d'un royaume oublié*, París, Phébus, reed. 1991.

Antes de la colonización, la cuestión de la etnia era ajena a los ruandeses, la diferencia se basaba en realidad en un reparto social entre pastores (tutsi), agricultores (hutus) y cazadores (twas). Las fronteras no eran estancas, sin embargo: se podía haber nacido tutsi o hacerse tutsi, y se podía haber

nacido hutu o hacerse hutu puesto que era la actividad ejercida lo que definía al individuo, y Ruanda lucía una unidad lingüística poco frecuente en el continente.

En los años 2000, una agrupación de artistas denominada Groupov tuvo la ardua tarea “de exponer” el genocidio al gran público gracias a *Rwanda 94*. Dorcy Rugamba, que actúa en esa obra de teatro, se pregunta:

“Aquí se plantea la famosa pregunta: “¿Qué es ser hutu? y ¿qué es ser tutsi? Ciertamente, no son, en absoluto, etnias. [...] Los bahutus, los batutsis y los batwas hablan la misma lengua (el kinyarwanda), comparten la misma cultura (el ikinyarwanda), tienen las mismas creencias (imana) y habitan en el mismo territorio. Así pues, no hay sino una sola etnia en Ruanda: los banyarwandas. Hutus y tutsis no son razas tampoco porque es imposible cambiar de raza. Un hombre negro no pasa a ser blanco; ahora bien, batutsis que se hacen bahutus o bahutus que se hacen batutsi, eso es cosa que no arranca con la colonización. [...] En el antiguo Ruanda, un término calificaba el hecho de abandonar la clase hutu para irse a la clase tutsi: kwituhura, deshutuizarse.” [Groupov, *Rwanda 94*, éditions Théâtrales, Montreuil, 2002.]

El inicio del genocidio: un avión presidencial derribado lo desencadena todo

“El accidente” de avión del 6 de abril de 1994 fue el elemento desencadenante del genocidio. El presidente ruandés regresa de Dar es Salam (Tanzania) donde acaba de aceptar la instauración de un reparto de poderes siguiendo el espíritu de los acuerdos firmados en Arusha entre 1992 y 1993 y que habían permitido interrumpir la guerra civil que oponía las unidades del Frente Patriótico Ruandés (FPR) creado por los exiliados tutsis a las Fuerzas Armadas Ruandesas (FAR) compuestas enteramente por militares hutus que sostenían al régimen de Juvénal Habyarimana. El avión es derribado por un lanzamiento de misil en el momento en el que inicia el aterrizaje en la capital ruandesa, Kigali. En el interior del aparato se encuentra igualmente el presidente burundés Cyprien Ntaryamira. No hay ningún superviviente en ese equipaje en el que figuraban igualmente pasajeros franceses y dignatarios del régimen ruandés.

Pero no es un accidente como los demás – es una especie de *casus belli*. Se establecen inmediatamente vínculos entre el ataque al avión y el lodazal que criaba ya la región en el momento en el que unos y otros buscaban un terreno de entendimiento entre los hutus, por entonces en el poder, mayoritarios en Ruanda, y los tutsis, minoritarios, apartados del poder y representados por el Frente Patriótico Ruandés de Paul Kagamé.

¿Quiénes son los autores de ese atentado? ¿Los propios hutus, particularmente los de la línea más dura dentro del gobierno, o bien el Frente Patriótico Revolucionario de Paul Kagamé? La pregunta sigue en la actualidad sin respuesta clara, y el juez francés Jean-Louis Bruguière, especializado en la lucha anti-terrorista y encargado de la encuesta, imputará la tragedia al FPR ...

El genocidio comenzó el día siguiente al del accidente y dura tres meses. El balance es aterrador: entre 500 000 y 1 000 000 de víctimas durante ese período de tiempo, para un país que contaba apenas con 7 000 000 de habitantes. A ese choque, a esa estupefacción, se añadirá la actitud incomprensible de la comunidad internacional que se hará la remolona, vacilará antes de calificar los hechos como *genocidio* prefiriendo ver en ellos una especie de conflicto étnico o de manifestación de la barbarie propia a los africanos.

Los dos informes.

La opinión pública, sobre todo en Francia y en Ruanda, se ha preocupado por rastrear en los archivos para intentar comprender o por lo menos entender cómo pudo ocurrir algo tan horrendo como el genocidio de Ruanda. Arrancando desde esa preocupación acaban de ver la luz dos informes: el informe Duclert en Francia y el informe Muse en Ruanda.

Informe Duclert sobre el genocidio en Ruanda: Francia responsable pero no cómplice.

A esa conclusión llega el informe de la comisión Duclert sobre el exterminio de los tutsis en 1994, entregado en marzo de 2021 al presidente Macron, es decir poco antes de su viaje a Ruanda. Los historiadores subrayan el papel devastador de París y de los responsables políticos, entre ellos François Mitterrand.

“Que le guste o no, lo que ha pasado en Ruanda pertenece a la historia de Francia” dice uno de los personajes de *Murambi, el libro de los osarios*, la novela del escritor senegalés Boubacar Boris Diop consagrada al genocidio de los tutsis de Ruanda. De hecho, es una “historia ruandesa de Francia” lo que evoca el informe de la comisión Duclert, que usa esta expresión en sus conclusiones.

La comisión Duclert se componía de una quincena de historiadores bajo la presidencia de Vincent Duclert, especialista del asunto Dreyfus. Le había sido encomendada la tarea de escudriñar los archivos franceses sobre Ruanda, incluyendo los más confidenciales, guardados desde hacía un cuarto de siglo por las diversas administraciones. Acaba de entregar al presidente Macron su informe. El acceso sin límites era algo novedoso y respondía a las solicitudes incesantes que desde hacía varios años venían presentando todos aquellos que, en Francia, deseaban conocer mejor o comprender, una página oscura de la historia común de los dos países: aquel periodo, comprendido entre los años 1990 y 1994 durante los cuales París ha sido el aliado principal de un régimen cuyas derivas condujeron al ante último genocidio del siglo 20.

¿Y Macron?

Son numerosos quienes hubieran preferido el acceso abierto para todos a los archivos relativos a un tema tan importante implicando a Francia en una “solución final africana”. La decisión de preferir una comisión restringida ha podido ser vista como sesgada, pero hay que reconocerle a Macron el haberse mostrado menos pusilánime que sus predecesores quienes se negaron, todos ellos, a abrir esa caja de Pandora. A pesar de las sospechas iniciales, la comisión Duclert ha sabido establecer un atestado con valor histórico al señalar sin rodeos “las responsabilidades de peso y rotundas” de la política francesa llevada en Ruanda.

Francia se ha “comprometido ampliamente con un régimen que animaba las masacres racistas”, constata el informe que retoma la cadena cronológica que va desde la intervención militar a favor de un régimen amenazado por la irrupción de una rebelión tutsia en 1990, hasta finales de 1994. Cubre así de paso, el periodo del genocidio – con el atentado contra el avión del presidente Juvénal Habyarimana el 6 de abril de 1994 – y de la intervención en junio de la operación Turquoise, tan reiteradamente sospechada de haber sido iniciada cuando las masacres se acababan, para acudir en ayuda al ejército genocida entonces ya en desbandada.

La comisión apunta una “impresión de obcecación de las autoridades francesas en unas lógicas desde las que la ruptura resulta difícil, incluso durante la crisis del genocidio”. Y denuncia la obsesión de los que tomaban las decisiones en aquella época, para quienes, aún durante el genocidio, la única verdadera amenaza la representaba esa rebelión tutsia del Frente Patriótico Ruandés (FPR), asociada a la influencia anglo-sajona, puesto que ese movimiento integrado por hijos de exiliados tutsis fue creado en la Uganda anglófona.

¿Y Mitterrand?

Mientras que el FPR es el único que pelea contra las fuerzas del genocidio, esa percepción no cambia. Y viene a confirmar una “lectura *etnista*” de la situación en Ruanda, negando todo papel político legítimo a una minoría: los tutsis o el FPR. Pero, de esa manera, París esposaba de facto la tesis de los extremistas hutus que van a perpetrar el genocidio en nombre del “pueblo mayoritario”. En el fondo, se trata de una ideología impregnada de tufos coloniales y racistas lo que condujo a Francia a perder su alma en Ruanda. Ya se sabía. Muchos libros y estudios han sido publicados al respecto. Pero el hecho de que una comisión francesa lo admita marca un cambio. Pasa otro tanto con la denuncia de la “desinformación” de que ha sido diana el FPR, el 6 de abril, cuando el avión

del presidente Habyarimana cae derribado, dando así la señal del genocidio orquestado por los halcones de su campo, el informe Duclert zanja con un relato histórico que se impuso mucho tiempo en Francia que tendía a hacer del movimiento rebelde el responsable de ese atentado. Más aún, no solo el informe señala la debilidad del equilibrio de los poderes en Francia que le permitió a un pequeño grupo (una veintena de altos cargos civiles y militares de y con Mitterrand) a la cima del poder jugar a los aprendices de brujo en Ruanda, sino que además subraya la responsabilidad personal de François Mitterrand, y su “alineación con el poder ruandés”. Otros responsables del momento quedan igualmente señalados, como Christian Quesnot, jefe del estado-mayor particular de Mitterrand, conocido por sus virulentas posiciones anti-FPR, y que al día siguiente del atentado “no dijo ni una palabra sobre los asesinatos de los que fueron víctimas los hutus de la oposición ni sobre las masacres sistemáticas de los tutsis” prefigurando así el comienzo del genocidio. Es de lamentar que estos hechos hayan sido olvidados por Macron en su discurso del 27 de mayo ante el Memorial de Gisozy.

Algunos fallos de la comisión Duclert

En el momento de la entrega del informe al presidente, en el Elíseo, no se omitió subrayar hasta qué punto la comisión Duclert marca una etapa histórica ya que nunca “se ha ido tan lejos en la calificación del papel de Francia”. Claro que hay que fijarse en los detalles y hará falta mucho tiempo para examinar las 1 200 páginas del informe y poder calcular su verdadero impacto. Pero desde ya se puede subrayar algunas lagunas. Al afirmar que Francia había conducido “una política por lo menos pasiva en abril y en mayo de 1994”, durante el genocidio, a la par que reconoce que había necesitado bastante tiempo para disociarse del gobierno extremista instaurado después de la muerte de Habyarimana - en los propios locales de la embajada de Francia, por cierto - la comisión obvia archivos de sobra conocidos.

En ellos se evoca por ejemplo la visita de altos mandos de Ruanda, sobre todo en mayo, recibidos en París y a los que se les habría prometido sostén militar y financiero, a la par que se departe tranquilamente sobre la mejor manera de darle la vuelta a la opinión pública internacional. De igual modo, la comisión no ha encontrado nada visiblemente contundente contra la *Opération Turquoise*, mencionando como una evidencia “las consignas muy estrictas de neutralidad para con los beligerantes”. Pero, está claro que no se trataba de una guerra civil sino de un genocidio...

Los historiadores de la Comisión reflejan igualmente una consideración algo ingenua a propósito de la cumbre de la Baule, en 1991, en la que a François Mitterrand se le había ocurrido exponer la idea de vincular la ayuda económica con la existencia de la democracia. El hecho de que ninguno de esos historiadores sea africanista explica tal vez esa aceptación de la historia oficial, toda vez que los grandes principios de la Baule no han sido nunca óbices para que el Elíseo continuara sosteniendo cantidad de regímenes autoritarios en el continente.

Finalmente, a la vez que reconoce graves responsabilidades en la gestión de la crisis ruandesa, la Comisión descarta la sospecha de complicidad, afirmando no haber encontrado nada en los archivos que pudiera indicar un compromiso directo en el genocidio. Pero ¿acoger en París a los genocidas y prodigarles consejos no sugiere acaso cierta forma de “complicidad”? Y el antiguo gendarme del Elíseo, Paul Barril, firmó efectivamente contratos de armamentos y de apoyos militares con las fuerzas genocidas. De hecho, está siendo objeto de una denuncia por complicidad de genocidio desde el 2013. “Los archivos franceses no bastan, por sí solos, para rendir cuenta de manera exhaustiva de la historia, el papel y el compromiso de Francia en Ruanda”, reconoce el informe de la Comisión, que sugiere, además, haberse visto prohibido el acceso a ciertos fondos de archivos y no vacila en denunciar “cierto estado de espíritu reinante a la cumbre del Estado” que ha podido entorpecer ciertas averiguaciones. *Libération* acaba de hacer pública una nota con la declaración de Michel Rocard ante una Misión de Información Parlamentaria (MIP) en 1998, misión cuyo dossier está secuestrado por la mesa de la Asamblea nacional. Se le negó el acceso a la comisión Duclert.

El informe Muse. Ruanda: “Francia ha hecho posible un genocidio previsible”.

Vértigo y secreto. Mientras que el informe Muse sobre el papel de Francia en Ruanda en el momento del genocidio de los tutsis se ha hecho público en Kigale, el 19 de abril, tres semanas después del de París por la comisión Duclert, la confirmación de la dimensión de la implicación de París al lado del régimen genocida queda ahora ya oficialmente establecida en los dos países.

Es la primera vez que ambos países llegan a un acuerdo tan amplio para reconocer el papel tóxico de Francia junto a los extremistas que van a orquestrar contra los tutsis el equivalente africano de la “solución final”. Y aún cuando esa deriva francesa quedaba clara desde hace tiempo, ambos informes proporcionan aclaraciones acerca del delirio neocolonialista, e incluso, del racismo, de un cuarterón de soldados franceses que “van a sostener a un régimen represivo que masacraba a los tutsis de manera bárbara”, como lo subraya el informe Muse, realizado por un despacho de abogados americanos encargado por Kigali desde finales del 2016. “Francia ha hecho posible un genocidio previsible” constata el informe entregado al gobierno ruandés. Ese es el vértigo que procura una política llevada a cabo sin ningún control democrático, a espaldas de la propia opinión pública francesa.

Es cierto que tanto en Francia como en Ruanda, se habían publicado otros informes sobre este tema que atormenta a las memorias desde hace un cuarto de siglo: en Francia, desde 1998 una misión de información parlamentaria (MIP) se había constituido, permitiendo auditar a más de 80 actores de la época y reunir un número importante de documentos (entre ellos, una nota de la declaración de Rocard). En Ruanda, la comisión Mucyo por su lado, había entregado su informe en 2008, implicando directamente a 13 personalidades políticas y 20 militares franceses en esos acontecimientos trágicos. Pero esas encuestas precedentes habían sido publicadas en un clima tenso, contaminado por ofensivas judiciales que enturbiaban la verdad, multiplicando las polémicas. Ese no es el caso actualmente. Y si bien es cierto que ni el informe Duclert ni el informe Muse aportan ningún bombazo informativo, a pesar de algunas informaciones inéditas, sí clavan ambos el cuchillo en la herida con, por primera vez, un acuerdo concertado entre París y Kigali.

Permanece cierto malestar: el de una censura que persiste. El informe Duclert había expresado ya en su momento su decepción en relación con cierta forma de obstrucción limitando el acceso a ciertos archivos yendo, en casos hasta prohibirlo. Tal fue el caso del sorprendente rechazo por la Mesa de la Asamblea Nacional, sin embargo controlada ahora por el partido del presidente, de ceñirse a la voluntad de Macron, negando a la comisión Duclert todo acceso a los archivos de la MIP. El informe Muse machaca el clavo: “El Estado francés, aún conociendo esa encuesta, no ha cooperado” con el equipo americano encargado por Kigali. Tres demandas de documentos enviadas a París por Ruanda quedaron sin respuesta.

¿Qué es lo que queda por esconder puesto que los hechos ya establecidos ofrecen un cuadro absolutamente devastador? Se puede suponer que se trata, parcialmente por lo menos, de documentos que constituyen acusaciones más individuales. Sin embargo, de manera tácita, los informes Duclert como Muse evitan aventurarse por el terreno judicial de la “complicidad de genocidio”. El informe Duclert ha indicado incluso claramente no haber encontrado nada en ese sentido, por lo menos en los archivos consultados. Es sin duda el precio que hay que pagar de inmediato para concretizar el acercamiento diplomático entre los dos países, que han quedado plasmados en la visita de Macron a Kigali el 27 de mayo.

Pero el informe Muse va más allá que el de la comisión Duclert ampliando sus investigaciones a los veinticinco años que han venido después del genocidio. Eso le ha permitido denunciar una “operación de camuflaje” por parte del Estado francés, acusado no sólo de negarse a “divulgar el conjunto de sus archivos”, sino igualmente de haber intentado minimizar sus propios errores al favorecer la tesis negacionista del “doble genocidio”. A la vez que acogía en su suelo a muchos de los responsables de las masacres, “omitiendo perseguirlos o cooperar con quienes quieren perseguirlos”.

Mucho más claro que en el informe Duclert, el divulgado en Kigali muestra hasta qué punto el sostén a los extremistas se mantuvo después del final de las masacres y de la huida del gobierno genocida al Zaire (actual República Democrática del Congo). El informe Muse evoca testimonios de algunos de entre ellos, uno por lo menos inédito, sobre los contactos a finales de julio de 1994, entre ciertos altos mandos militares franceses y las fuerzas armadas genocidas a la desbandada por el otro lado de la frontera. Estas habrían recibido la visita del coronel Gilbert Canovas, que fue consejero del estado-mayor ruandés en el periodo que precede al genocidio, pero además la del lugarteniente Grégoire de Saint-Quentin, encabezando el batallón para-comando de las fuerzas ruandesas en 1994. En ambos casos, la idea habría sido ayudar a ese ejército comprometido en las masacres para reorganizarse y volver a la reconquista de Ruanda.

El informe evoca igualmente los testimonios de dos militares americanos con destino en Goma en el Zaire durante el verano de 1994, que confirman entregas de armas a los militares ruandeses después de su derrota. El lugarteniente-coronel Guillaume Ancel afirma también haber asistido a esas entregas mientras servía en el marco de la operación *Turquoise* lanzada por Francia al final del genocidio.

Pero se da el caso de que el informe Muse, a la par que subraya que la mayor parte de los soldados de *Turquoise* ignoraban el objetivo real de su misión, confirma hasta qué punto el objetivo de salida parecía más bien el de frenar la progresión del Frente patriótico ruandés (FPR), esa rebelión tutsia que estaba entonces a punto de detener, sola, las masacres, llevando a la derrota a las fuerzas genocidas. Un antiguo oficial del ejército ruandés ha indicado incluso a los encuestadores americanos que los franceses le habían pedido reunir información sobre las posiciones ocupadas por el FPR con vistas a potenciales ataques aéreos.

Esos ataques no tendrán lugar, pero “la huida de los líderes genocidas al Zaire” y los apoyos que continuaron recibiendo condujeron a “una nueva etapa de la tragedia ruandesa” que va a desestabilizar durante mucho tiempo al país vecino. El vértigo parece no tener fin.

Pero a la lectura del informe Muse, nada es más espeluznante que la conciencia que tienen los mandos franceses de los riesgos que corren. En cada etapa. A la par que saluda “los esfuerzos de la comisión Duclert por “haber presentado el papel del Estado francés de la manera más franca y más sincera”, el informe Muse se separa del otro al rechazar la idea que sugieren los historiadores franceses, de una “ceguera” de París frente al genocidio. “El Estado francés no era ni ciego ni inconsciente”, afirman los investigadores americanos.

En cada etapa del compromiso francés en Ruanda, a partir de 1990, la subida de los peligros era conocida por los responsables franceses, que se encontraban “en primera fila” frente a “la banalización y a la brutalización de la deshumanización de los tutsis”. A pesar de las advertencias, el presidente francés François Mitterrand y sus consejeros han preferido, en cada ocasión, reforzar su apoyo militar. Principalmente a las tres unidades que, desde el 7 de abril, están metidas en las masacres: la guardia presidencial, la unidad para-comando, y el batallón de reconocimiento. Todos ellos, con formación recibida de militares franceses.

Obsesionado por una lucha contra la influencia fantasma anglo-sajona, preocupado por no soltar un aliado y dar así un mal ejemplo a los demás déspotas africanos sostenidos por Francia, el Elíseo ha dado muestras de una “indiferencia deliberada ante el sufrimiento de los tutsis”, favoreciendo así “un sentimiento de impunidad” que va a dejar el campo libre y el tiempo necesario a los halcones del régimen ruandés para organizar el genocidio.

Hasta la leyenda del respaldo de París a las negociaciones de paz de Arusha (en Tanzania) a partir de 1991 queda desmentida. En realidad, lejos de permanecer “neutral”, Francia continúa sosteniendo el poder establecido e intenta socavar las reivindicaciones del FPR. Después de la conclusión de esos acuerdos de paz en agosto de 1993, las fuerzas francesas deben salir de Ruanda, pero asistentes militares van a continuar formando a las tropas ya implicadas en varias masacres y

participarán en la solución final. En enero de 1994, una entrega de armas francesas, desde luego ilegal, será interceptada por las fuerzas de las Naciones Unidas en Kigali. Tres meses después, empezó el baño de sangre.

“Para los que no lo han vivido, pronunciar simplemente la palabra genocidio puede parecer casi anodino y puede no expresar siquiera una ínfima parte del horror contenido en los testimonios que hemos recopilado”, explica el informe Muse. Añadiendo: “Puede revelarse inquietante e incómodo afrontar lo que realmente les ha pasado a los tutsis, pero pertenece al dominio de lo obligatorio.” Un deber de memoria que exige mirar de frente esa página oscura de la historia franco-ruandesa. A pesar del peso persistente de los secretos, dos informes lo han corroborado marcando tal vez un giro histórico. Lejos de ser un final en sí, no es sino un comienzo.

Se puede pensar, en relación con este último punto, en la iniciativa de un conjunto de escritores que fueron a Ruanda en 1998, cuatro años después del genocidio en una operación calificada de “deber de memoria” e iniciada por el festival Fest’Africa con base en Lille. Esos escritores venían a “ficcionalizar” la tragedia seis años después, siendo las obras más brillantes las de Tierno Monénembo con *L’Ainé des orphelins / El Primogénito de los huérfanos* (2000), de Abdourahman Waberi con *Moisson de crânes / Siega de cráneos* (2000) y de Boubacar Boris Diop con *Murambi, le livre des ossements / Murambi el libro de las osarios* (2000).

Boubacar Boris Diop. *Murambi el libro de los osarios*.

Boubacar Boris Diop publica, en el año 2000, *Murambi el libro de las osarios*. Es su contribución al deber de memoria. En la tercera parte, “Genocidio”, el novelista le da la palabra a Aloys Ndasigwa, uno de los genocidas. Páginas 107 a 113. Su relato sencillo y sobrio logra dar la medida trágica del espanto. La trampa, la intervención de los milicianos, la masacre, la actitud de la autoridad, el botín, el repaso de los perros y de los chiquillos...

“Al alba, comenzamos a instalar el primer cordón alrededor de la iglesia de Nyamata. Los miles de *inyenzis* [tutsis] que se han refugiado en esa Casa de Dios pensaban que nunca nos atreveríamos a atacarlos. Esas cucarachas no van a tardar en saber que no hay que prestarles buenas intenciones al enemigo. Según las informaciones de que disponemos, ellos han ido hasta organizarse para la preparación de las comidas, la vigilancia de los niños, la tala de los árboles destinados al fuego de leña y cosas por el estilo. Y sin embargo, debían haberse preguntado por qué los curas de Nyamata, enclaustrados durante días, ayunan y rezan sin cesar. Los curas, sí que sabían.

La hora de pasar a la acción ha llegado.

Alguien debió decirles, por cierto, a los refugiados que habían caído en la trampa. Hubo un brusco movimiento de gente, luego un inmenso chillido se elevó desde dentro de la iglesia. Gritaban: “¡Están aquí! ¡Los Interahamwe están aquí!” dando violentos puñetazos en el portal. Nos lanzaron algunas piedras. Las esquivamos sonriendo. Algunos intentaron saltar por encima de la valla. Cayeron literalmente a nuestros pies. Fueron los primeros eliminados. Llegaron elementos de la guardia presidencial. Tan pronto como entraron en la parroquia, los gritos se hicieron más intensos. Lanzaron granadas y dispararon varias ráfagas de armas automáticas a ciegas. Después, nos dieron la señal. La gente corría en todas las direcciones. Eran muy numerosos: ¿veinticinco mil o treinta mil? No hubiera creído nunca que la iglesia de Nyamata podía contener un tal gentío. No nos anduvimos con chiquitas. Una vieja nos dijo: “Hijos míos, déjenme rezar por última vez.” Una viejita arrugada como una pasa. Es increíble la cantidad de gente que pide permiso desde ayer para rezar antes de morir. Nuestro jefe le contestó a la vieja con tono falsamente extrañado: “¡Ah! mamá, ¿no lo sabías? ¡Nos pasamos la noche en el cielo y allá peleamos toda la noche contra el Dios de los tutsis! Nos lo cargamos y ahora les toca a ustedes.” De un machetazo le mandó la cabeza a tomar por el saco.

Pasamos la noche en aquel lugar. Nos lo montamos en grande con las mujeres. Cuando no están mal, las liquidamos en último lugar. Somos jóvenes, hay que vivir.

El día siguiente, hacia el mediodía, todo había terminado.

El prefecto llegó con un pequeño séquito. Un tío con gafitas. Llevaba un traje beis muy limpio y se había perfumado. Con las manos en los bolsillos, examinó con recelo los cuerpos dispersos por la parroquia. Era evidente que buscaba algo para hacernos reproches. No me cae nada bien ese tipejo y yo, a la menor señal de mi boss, me lo cargo. Con tan solo mirar sus manos te das cuenta de inmediato de que no han aguantado nunca un machete. Llegan de la universidad y se ponen a mandar a todo quisque, esos cabrones. ¿Por qué? No me parece justo. Si el jefe me dice “Aloys, dale”, me lo cargo. “¿Están todos de verdad muertos?” preguntó poniendo morros. Nuestro jefe, muy enfadado, respondió que podía verificarlo. El prefecto no esperaba sino eso. Con una sonrisita burlona dijo: “Vale, vamos a verlo.” Con un gesto le ordenó a dos de sus hombres que procedieran a la comprobación. Estos nos hicieron un gesto para que nos alejáramos y luego lanzaron granadas lacrimógenas sobre los cadáveres amontonados ante nuestros ojos. A los *inyenzis* que se habían ocultado bajo los cuerpos les costaba bastante ya de por sí respirar. Con los gases lacrimógenos, estornudaban muy fuerte y no quedaba más que atraparlos. Abrían como platos unos ojos de asombro al vernos. Era muy divertido. No era tonto, después de todo, el prefecto. Fueron descubiertos cuatro *inyenzis* que se hacían los muertos. Los listillos. El prefecto dijo cortante: “Cuatro. Demasiado.” Nuestro jefe protestó: “Y eso ¿qué?” Nuestro jefe no se achanta. Es un guerrero de verdad. No es alguien que se deje avasallar. El prefecto dijo: “¿No puedes comprender siquiera que esos cuatro van a contar mañana mismo mentiras a los periódicos? Me pregunto cómo se ha podido confiar en un imbécil como tú.” Llegados a ese punto las cosas se ponen feas. “¡Los periódicos me la sudan! gritó nuestro jefe, ¡y tú, si eres hombre, ven y haz lo que hacemos nosotros!” Se le acercó al prefecto y limpió el machete cubierto de sangre en su impoluto traje beis. ¡Ah! ¡Ah! Al prefecto le escandalizó tamaña audacia. Quiso abofetear al jefe y este le atrapó la mano al vuelo, la torció y se la puso detrás de la espalda. Luego permaneció así durante unos minutos tratando de marica al prefecto. El otro gesticulaba y sus gafas cayeron al suelo. Era digno de verse. Nos reímos bastante, después recogió sus gafas diciéndole a uno de los del séquito: “Incidente en Nyamata. Apunte la fecha y la hora, por favor.” Después dijo con un tono muy frío, inclinándose ligeramente: “Señores, hasta la vista y gracias.” Regresó a su coche negro con paso solemne. Uno de sus hombres le abrió la puerta y él tomó asiento detrás echándonos una última mirada con aires de pocos amigos.

Antes de largarnos, cogimos lo que podía ser interesante: joyas, relojes, dinero, gafas de sol, zapatos y un montón de baratijas. Un cinturón. Un encendedor desechable. Calcetines no demasiado usados. Eso siempre puede servir. Lo pusimos todo junto para repartirlo al final del día entre todos. Es una buena idea que se le ocurrió a nuestro jefe; es cosa buena para un jefe saber ser justo, así te respetan y no se arman broncas. En otros grupos de Interahamwe, los tíos empiezan ya a pegarse: uno quiere matar a una chica y otro quiere guardársela para sus noches, o al revés. Es humano, dirán. Vale, estoy de acuerdo, pero, cuando se empieza con los sentimientos, ya no se puede parar y eso afecta al trabajo.

Una vez fuera, vimos una jauría de perros merodear por Nyamata. Bandas de chiquillos esperaban nuestra marcha para precipitarse a la iglesia. Eran tantos los cadáveres que los chiquillos siempre podían esperar rebuscar algo. Me han contado incluso que juegan al fútbol con los cráneos, pero yo no he visto nunca eso con mis propios ojos.”

En la cuarta parte, “Murambi”, Cornelius, hijo del doctor Joseph Karekezi, de regreso de un exilio en Yibuti que le ha salvado la vida, decide enfrentarse a su condición: único superviviente, con su padre, de una familia de tres hermanos, los dos otros masacrados juntos con su madre por órdenes de su padre, el verdugo que urde y organiza la matanza en la escuela técnica de Murambi. Cornelius se entera al llegar a Kigali de la verdad sobre su padre. Decide ir a Murambi.

Después de un lírico recorrido por el mundo de su infancia evocado con su tío Siméon, Cornelius se encuentra ante el testimonio del genocidio, vivido aquí en un punto organizado y orquestado por su propio padre.

“La joven con blusa verde estaba sentada sola en un banco en el pasillo.

Tan pronto como vio al visitante pasar el umbral de la Escuela técnica, se puso los guantes de plástico y se deslizó por una habitación muy amplia.

Cuando estuvo cerca de ella, Cornelius se percató de que ella estaba ocupada ordenando restos humanos. Recogía una tibia, la colocaba cerca de otras de dimensiones semejantes, depositaba sobre una pila de huesos un cráneo que estaba por allí tirado en medio del pasillo y rociaba todo aquello con un producto blanco de un olor desagradable. Aquellos gestos de una espantosa banalidad y aquella necesidad de orden debían de ser parte, pensó Cornelius, de la rutina de su existencia. Gentes de mucha importancia acudían a veces en delegación de países lejanos para visitar la Escuela técnica de Murambi. Se esmeraba mucho para recibirlos lo mejor posible.

Cornelius se había preparado para lo peor. A pesar de ello, la vista de los primeros esqueletos detrás de una ventana tuvo sobre él un efecto inesperado: pensó de inmediato en retroceder. Aquellos muertos echados en el suelo le parecían muy diferentes de los que ya había visto. En Nyamata y en Ntarama, el tiempo había completado la obra de los Interahamwe: los cráneos, los brazos y las piernas se habían desprendido de los bustos y había sido menester clasificar por separado los diversos tipos de huesos hallados en el lugar. En Murambi, los cuerpos, cubiertos por una fina capa de barro, estaban, casi todos, intactos. Sin que pudiera decir por qué, los huesos de Murambi le daban la impresión de estar todavía vivos. Cogió miedo. En vez de entrar en las salas de clase, se puso a recorrer a zancadas el pasillo lanzando por todas partes miradas indecisas, como buscando por dónde escapar. La saliva se amontonaba en su garganta y se la tragaba como para disimular su asco. Incluso estando fuera, el olor de los cadáveres era insoportable.

Un hombre barbudo, la cuarentena, alto y enjuto, pantalón gris y camisa blanca, apareció por el fondo del patio y se dirigió hacia él:

- ¿Puedo ayudarle, señor?

Cornelius lo miró sin verlo.

- Acabo de llegar del extranjero hace una decena de días. Mi familia fue asesinada aquí.

Añadió tras una leve vacilación:

- Me llamo Cornelius Uvimana. Soy el hijo del doctor Karekezi.

No tenía nada que ocultar. Todos debían saber de qué personaje infame era hijo.

Pero el hombre no pareció haberlo oído. Cornelius lo siguió no sin haber observado que no se había presentado.

La Escuela técnica de Murambi se componía de siete u ocho edificios dispuestos sin orden aparente en un vasto territorio de varias hectáreas.

[...]

- ¿Quiere usted continuar, señor?

El hombre debió haberse dado cuenta de los esfuerzos de Cornelius para enfrentarse al olor nauseabundo de los cuerpos en descomposición.

- Sí. Quiero verlo todo.

- Son los mismos cuerpos que va a ver por todas partes.

- No, dijo cortante Cornelius, no lo creo.

Estaba tan enojado contra el desconocido que a punto estuvo de pedirle que lo dejara solo. Este ataque súbito de ira le reveló su propio sufrimiento, mucho más profundo de lo que él pensaba.

El hombre dijo:

- Sí, tiene usted razón. Perdone.

Por supuesto que tenía razón. Cada uno de esos cuerpos había tenido una vida diferente de la de los demás, cada uno había soñado y navegado entre la duda y la esperanza, entre el amor y el odio.

Cornelius comprendía mejor ahora la decisión tomada por las autoridades de no enterrar a las víctimas del genocidio, tras la controversia que se había levantado al respecto en el país. Algunos decían: hay que darles una sepultura decente, no está nada bien eso de exhibir así a los cadáveres. Cornelius no aprobaba esa manera de ver. Ruanda era el único lugar en el mundo que esas víctimas podían llamar su país. Seguían teniendo ganas de su sol. Era demasiado pronto para arrojarlas a las tinieblas de la tierra. Además, cada ruandés debía tener el valor para mirar la realidad de frente. El fuerte olor de los huesos demostraba que el genocidio había tenido lugar solo cuatro años antes y no en unos tiempos remotos. En el momento de sucumbir a los golpes, los torturados habían gritado. Nadie había querido oírlos. El eco de esos gritos debía prolongarse durante el mayor tiempo posible.

Cornelius se detenía a veces en los rostros de niños muy jovencitos. Parecían sosegados como si estuvieran simplemente dormidos.

Continuaron con su visita. En un cuerpo vio fragmentos de trenzas; en otro un trozo de tela verde; un esqueleto estaba aovillado sobre sí mismo como un feto: alguien que había tenido que resignarse a su muerte sin atreverse a mirarla de frente. Un cráneo aislado en un rincón lo impactó hondamente. A la víctima - sin la menor duda un coloso en vida - le habían cortado la nariz antes de ser decapitado. Difusas manchas negras quedaban aún visibles en su mejilla derecha. Una raya oscura, ligeramente curva, representaba la boca. Se hubiera dicho una máscara mortuoria olvidada entre los demás cuerpos. O tal vez - sin embargo, Cornelius no se atrevió a dejar esta idea vagamente indecente trotar por su cabeza - algún payaso con cara de luna. Se hubiera dicho que el azar había esculpido con esmero, siguiendo un propósito misterioso, ese rostro macizo con cierta expresión enfurruñada.

[...]

- Pero ¿quién los mandó enterrar?
- Oficiales franceses de la operación *Turquoise*.
- ¡Ah!
- Sí. Venga conmigo, le voy a enseñar algo.

Guió a Cornelius detrás de otras aulas, mayores, y le hizo tocar el asta de una bandera izada sobre un montoncito de piedras marrones:

- Aquí es donde izaron su bandera. Vieron tan pronto como llegaron a la zona que esta escuela les venía a pedir de boca. Pero estaban esos cadáveres por todas partes. Cierta coronel Étienne Perrin pidió a las autoridades que hallaran una solución.

- ¿Quiere usted decir que se dirigió a mi padre?

- Sí. El doctor Kerekize ordenó a los Interahamwe colocar los cuerpos en esos osarios. En aquellos días, los milicianos ya no le obedecían a nadie, pero le mantenían mucho respeto al doctor que llamaban "Papá".

- Caigo, dijo Cornelius.

- Los militares franceses prestaron el material y cuando los cadáveres fueron reunidos en los osarios, ellos se instalaron encima.

Tierno Monénembo. *El Primogénito de los huérfanos.*

Especialmente significativas, desde el punto de vista del deber de memoria, me parecen las páginas siguientes de la novela de Tierno. Cuentan el reencuentro de Faustin, el primogénito, con los tres otros huérfanos. ¡Ah, sí! *Una, Miss Human Rights*, era irlandesa. Pero ellos la llamaban la Hirlandesa.

“Cierta tarde, al salir del despacho, Claudine hizo algo completamente fuera de lo habitual. Me llevó al café el Edén para tomar una copa.

- He hablado de ti a *Una*. Está de acuerdo para llevarte.

- ¿Llevarme adónde?

- ¡Espera! *Una* vino a Ruanda para montar un orfanato en la carretera de Ruamagama.

Ahora, todo está listo: el agua, la electricidad, incluso la enfermería. Hace dos meses que el establecimiento ha sido abierto. Como puedes imaginar, ya está demasiado lleno. Pero he insistido mucho: ha terminado dándote una plaza. Te mudas la semana próxima. ¿Qué te parece?

- Dormir en una verdadera casa, no puedo decir que no sueñe con ello. Pero esa...

- *Una* es un ángel. Y luego, ¡piensa en tu salud! Terminarás cogiendo la gangrena o la hernia a fuerza de dejarte azotar por las lluvias. Mira que ya no me está gustando nada tu manera de toser y tienes pus en las orejas y un lentigo que me preocupa.

- No tengo ganas de marcharme sin los demás.

- Los demás vendrán pero primero deben liberarse las plazas.

Sin saberlo, acababa de firmar un pacto. Era eso, la ciudad de los Ángeles azules. Me mudé sin entusiasmo; a decir verdad, con la esperanza secreta de ver con mayor frecuencia el trasero de Claudine. Me despojaron de mis harapos, me despiojaron, me cortaron el pelo, me quitaron los pelos de las axilas y del pubis, me pasaron por la sala de desinfección y me vistieron de nuevo. Era un gran dormitorio en forma de avión con una ala para los chicos y otra para las chicas. Nos metían a ocho por habitación. Dormíamos en camas superpuestas con sábanas azules completamente limpias y mantas de lana. Recibíamos comprimidos, comíamos hasta saciarnos.

Había una escuelita de dos clases al pie de la colina con un terreno de juego frente al cobertizo. La ciudad de los Ángeles azules no tenía más que dos inconvenientes: la disciplina estricta (pero Claudine me había prevenido) y los lloros histéricos, absolutamente insoportables, que subían del ala de las chicas a cualquier hora del día o de la noche. De día, me alejaba yo hacia los campos de mandioca para disminuir su efecto sobre mi cabeza y de noche, por mucho que me taponara las orejas con semillas de ricino, no podía conciliar el sueño. Eran tan violentos que nos hacían temblar más que el estruendo del trueno en las entrañas de la mina de estaño próxima. Nadie podía ignorarlos. Habíamos terminado por llamarlos el “toque a rebato”. Pues bien, la maestra interrumpía su lección de cosas y las lavanderas de regreso del pozo se paraban bajo las jacarandás a la espera del cese del toque a rebato. ¿Quién podía lanzar gritos tan inhumanos? Interrogaba a internos y cocineros. Pero nadie podía satisfacer mi curiosidad. Se me habló de locura, de maldición. Según quienes las habían visto, eran tres (tres chicas, o tal vez dos chicas y un chico según el estado visual del interlocutor). Erraban por la maleza entre gatos salvajes y monos cuando un cura las recogió. Estaban en un tal estado de histeria y de malnutrición que habían sido alimentadas con biberón antes de ser encerradas en una habitación sin ventanas por temor a que rompieran los cristales, le prendieran fuego a los dormitorios, devoraran a la Hirlandesa. Se había actuado correctamente separándolas de los demás. ¡Un año ya que estaban allí sin pisar jamás los pasillos, descubrir el huerto o intentar jugar en los columpios!

Unos escasos privilegiados habían vislumbrado sus siluetas cuando se entreabría la puerta para aliviarlas de la camisa de fuerza y obligarlas a ingurgitar dos o tres cucharadas de sopa. Tan solo la Hirlandesa y la enfermera hubieran podido describirlas (los rasgos de su rostro, la forma de sus orejas en el supuesto de que estuvieran enteras). Pero nuestra buena Hirlandesa se gastaba unos silencios de confesor y la enfermera, desde luego, fuera de quinina y vendaje, no sabía decir mucho más.

Después, el intendente quiso verse conmigo. Me esperaba en su despacho, no estaba solo. La Hirlandesa estaba junto a él haciendo calceta. Al ver la atención con la que me miraba entrar, comprendí: era ella quien me había convocado, aunque le dejara a mi compatriota la tarea de sondearme (entre comedores de mandioca, la gente se entiende mejor). Ambos presentaban un aspecto expresamente grave. ¡No se atreverían a acusarme de haberme cargado el almacén para robar aquella famosa caja de cartón de *corned-beef*, puesto que Hilaire, el vigilante de noche, había sido inculpado y despedido! El asunto, en todos los casos, parecía serio. Prueba de ello, Miss Human Rights no me preguntó, como solía hacerlo cuando nos cruzábamos en el taller o en el comedor: “Entonces, Faustin, ¿tienes noticias de Claudine?” ¿Cómo hubiera podido tener yo

noticias de Claudine? No recibía nunca cartas y no salía sino para acompañar a Bizimungu, el chófer, para ir a buscar un paquete al aeropuerto o para comprar tubérculos en el mercado.

- Dime, Faustin, ¿Nyamata es tu pueblo, verdad?

- ¡Sí, señor intendente!

Le echó una mirada dubitativa a Miss Human Rights, como para pedirle si podía continuar.

- ¡Ejem! ¡Bien! ... ¿Tus padres se llaman Axelle Kabarungi y Théoneste Nsenghimana?

- ¡De eso no hay la menor duda!

- Háblanos un poco de Nyamata.

- Pues, está la iglesia, el campo de fútbol, las porquerizas de la Italiana, la farmacia Prudence, la Shell, la sucursal de la Oprovia y, por supuesto, el ayuntamiento.

- Como todos ¿tú oyes extraños ruidos aquí? ... ¿Y sospechas con razón de que esos chiquillos han perdido el sentido? ... Ves, si por lo menos pudiéramos saber de dónde vienen, eso permitiría, si no devolverles la razón, por lo menos amansarlos un poco...

- Y yo, Faustin Nsenghimana ¿qué pinto en todo eso?

- ¡En principio nada! Salvo que, sospechamos mucho que provienen de la misma región que tú. Cuando esos tres pequeños demonios se ponen a delirar parece que se les oye algo así como Ntarama, Nyamata, Bugesera, Ngenda. Esos pueblos son todos cercanos, ¿no es cierto?

- ¡Los mismos prados, el mismo hospital, la misma diócesis, el mismo mercado semanal!

- Lo que significa que, si nuestra hipótesis es correcta, tú has podido cruzarte con ellos en alguna ocasión, con ellos o con alguien que se parezca con ellos. Ahora, reflexiona bien. ¿Has oído palabras como *chalchiche*, *kessa*, *con comme lèche*, *espera*, *certo* ...

- A mí eso me suena a italiano, intervino por vez primera la Hirlandesa. Y si eso se confirma, es que son, efectivamente, de Nyamata. Es el único pueblo donde vivía una italiana, esa Antonina...

- ¡No, Tonia! ¡Tonia Locatelli! rectificué con tono profesoral.

- ... aquella Toni Locatelli que se hizo descuartizar hace dos años en directo en las ondas de las radios internacionales. ¿La conocías, tú?

- ¡Que si la conocía! Nuestra casa pegaba a sus establos. Les daba a mis hermanas clases de lectura y de bordado. Después de sus cosechas, Padre se ocupaba de sus porquerizas por un poco de carne y de leche. De sus últimas vacaciones en Italia, le había traído a Madre un medicamento que la había curado de aquel adormecimiento que sentía siempre en las pernas y ...

- Perdona que te interrumpa. ¿Te daría miedo que vayamos a verlas?

Miss Human Rights llamó a la enfermera que llegó con su latiguillo y su descomunal manajo de llaves. La luz del patio no alumbraba sino un paño del muro en el que estaban adosados pero los reconocí sin tener necesidad de abrir los ojos como platos.

*

* *

No consideraron necesario ponerme las esposas o pasarme una camisa de fuerza. Sin embargo, habían tomado la precaución de colocar a ese fortachón de Bizimungu a mi cabecera. Le bastaba con apoyar su codo sobre mi espinazo para terminar con mis agitaciones.

Mucho más tarde, Hitimana, el que tenía la cama por encima de la mía, me explicó cómo había caído con una síncope: “La enfermera había cogido la regadera para echarnos fuera del pasillo donde te habían tendido. Pero yo me negué y me quedé. Me oculté detrás de un pilar hasta que la palmaras. Comprendes, no he visto aún a nadie hacerlo. Siempre gente con estertores o con temblores pero que no por eso se mueren, incluso cuando tenían las tripas en las manos y un cacho de metralla en el cráneo. ¡Esos péfidos esperaban siempre mi marcha para decidirse a exhalar el último suspiro! ¡Entonces, por una vez que pensaba tener delante de mí a un verdadero agonizante! Como quiera que mis fiebres y mis convulsiones disminuían, me dejaron solo en la enfermería. Despacito, volví a aprender a deambular por el pasillo y a tomar mis comidas en el comedor. Y como yo sacaba agua del pozo sin derramarla por los dormitorios, y que quitaba la yerba en el huerto sin arrancar los tomates y las habichuelas, dedujeron que no me había vuelto loco. Les

hubiera fastidiado bastante, a todos ellos, que yo la palmara o que me volviera chalado. Me había transformado en alguien importante: el amo del secreto, el único que podía revelar el misterio de los tres diablillos, como decían.

Pero para satisfacerlos era menester que comenzara por esclarecer las cosas para mí mismo. Había salido del coma en un estado lamentable. Tenía contusiones por todas partes por culpa de los golpes que daba contra los paneles de la cama y en las paredes. Era como si unas tormentas estallaran en mi cabeza por culpa de todos los medicamentos que me habían hecho ingurgitar. Deliré varios días, repitiendo incansablemente: *chalchiche, kessa, certo*, etc. Miss Human Rights y el intendente me tomaban el pulso, vigilaban mis labios. “¿Qué? ... ¡Haz un esfuerzo! ... ¿Los has reconocido, verdad? ¡Dínoslo todo! Poco a poco las brumas se alejaron de mi mente: las palabras se volvieron más precisas, las imágenes más claras, más evocadoras ... *Salsiche, queija, rizotto, café com leite, ciao, certo, arrivedecci, muito obrigado, grazie* ...

La carretera que viene de Kigali cruza por el puente del Nyabarongo, serpentea entre las colinas, parte en dos los campos de sorgo y las plantaciones de sisal. He aquí la sucursal de la Oprovia, el campo de fútbol, el salón de peluquería, el tribunal. Pasado el bar de la Fraternidad, se divide: una parte se arriesga hacia las vayas de helechos y las casitas de tierra roja y termina confundándose con las *grevehias*, los papiros y los campos regados de estiércol bordeando el pueblo por el este; el otro se llena de grava y va a morir por el sur a un patio adornado con hibiscos y ceibas gigantes. A la izquierda, la iglesia, cuyo techo con forma de trapecio oculta el convento de las Brasileñas; a la derecha, la casa de la Italiana, separada de los establos y de las pocilgas por una delgada empalizada de juncos (la casa en la que nacimos nosotros está exactamente detrás, en medio de esos árboles espinosos que llamamos *umugnigna*); recto, el huerto, las casa de los curas, la escuela para amas de casa, el internado de alumnos... Veo, como si fuera hoy, a la Italiana con su mono azul, moviéndose desde la cocina hasta los establos, con la madre superiora brasileña que venía a pedirle la leche, con el padre Manolo y su breviario, con dos niñas pequeñas masticando un tallo de papiro y con, detrás de todos ellos, un niño chillón y de barriga hinchada al que le cuesta tanto caminar que se diría que a cada paso el buen Dios va a llevárselo con él...

Hitimana se esmeraba mucho al contar cómo, excedido por su insistencia, rompía las gafas del intendente, y lanzaba a lo lejos la silla de hierro donde solían poner mis ampollas y mis comprimidos así como las bandas de compresas usadas para enjugar mis sudores y chillaba para ser oído a media jornada de marcha:

- ¡Una se llama Esther, la otra Donatienne! ¡El pequeño, es Ambroise! ¡Son mis hermanas y mi hermano! ¡Mis hermanos, banda de idiotas!

*

* *

Me dejaron retomar mis cabales antes de confrontarnos (¡dos pares de chiflados bajo un mismo techo no constituyen forzosamente una familia!). La primera vez, en presencia de la Hirlandesa del intendente y de la enfermera únicamente. Vinieron a sacarme de la cama temprano, mucho antes de que llegara la camioneta del panadero y que Célestin, el cocinero, llenara sus jarras de café con leche. Se apartaron para dejarme entrar primero. Estaban agarrados unos a otros detrás del lindel de la puerta y me espían como si yo fuera el mismísimo demonio. Ya puestos, ¡sería culpa mía! ¡Ya puestos, era yo quien había desplazado la roca de la Kagera, hincado una estaca en la vagina de esa dama Mukandori (cuya imagen de momia empalada dio la vuelta al mundo entero), excitado a los demonios y desencadenado los elementos!

Tropecé en una escudilla vacía, resbalé en unos restos de excrementos. La luz de la vela, que llevaba detrás de mí la intendenta, me permitió evitar pisotear a Ambroise, echarme sobre Donatienne. Estaban echados al tresbolillo en el suelo pelado en peor estado de lo que había imaginado. Era impropio decir que hubieran adelgazado, antes bien, habrían encogido, habrían regresado al estado de niños que yo conocía. Yo tenía nueve años, Esther siete, Donatienne cuatro y Ambroise dos. Padre había ido a alquilarse a las minas del Zaire. Madre sachaba el trozo plantado

de alubias por el lado de las ciénagas. Me tocaba a mí distraerlos con muñecas de trapo y latas de sardinas llenas de grava y, si se terciaba, darles la leche cuajada o la papilla de sorgo...

Me adelanté con una serenidad que me sorprendía. Estaba cerca de la meta. Iba a poder abrazarlos. ¡Pero, los gritos! Retrocedí hacia la puerta donde se habían quedado los demás, cesaron de inmediato. Aquello se repitió dos o tres veces. En ese momento fue cuando recordé la nana que nos cantaba nuestra madre. Ambroise fue el único en reaccionar, los demás continuaron con sus espantosos vagidos, desviando a propósito sus ojos desorbitados e inyectados en sangre. Abrí todo lo que pude los brazos como sabía hacerlo Madre cuando regresaba de los campos con aguacates maduros y sabroso zumo de maracuyá. Se aovilló como un gatito y se puso a gimotear pero terminó por dejarse abrazar. Lo acuné caminando de un lado a otro, esforzándome por imitar lo mejor que pude la voz y los gestos de Madre. Los sollozos fueron espaciándose. Se acurrucó contra mi pecho, y un minuto después, dormía como un lirón. Está claro que el efecto del contagio existe: las pequeñas se habían callado, miraban la escena con la misma curiosidad que la mía cuando había escenas de amor en la pequeña pantalla del bar de la Fraternidad.

Paré de canturrear la nana y me puse a implorar a todas las potencias que me pasaron por la mente: Imana y el Espíritu Santo, la roca de Kagera y los *gris-gris* de Funga. Pedía para que todos sumasen sus prodigios para volver eterna la calma que reinaba en aquel momento. Observé con satisfacción que la mirada de las pequeñas se habían desprendido de las manos de Ambroise anudadas alrededor de mi cuello para detenerse en mi rostro. No sabía si me habían reconocido. Pero resultaba tranquilizador verlas bostezar y restregarse los ojos como si estuvieran saliendo de un dulce sueño. “¡El varano se arrastra con el varano y el venado brinca con el venado!” decía el viejo Funga.”

Abdourahman A. Waberi. *Siega de cráneos*. Terminus.

Abdourahman Waberi plantea conscientemente el marco de su aproximación:

“Esta obra pide casi disculpas por existir. Su redacción ha sido ardua, su acometida diferida durante semanas y meses. De no haber sido por la obligación moral contraída ante diversos amigos ruandeses y africanos, no habría sido invitada a remontar a la superficie tan prontamente tras dos estancias en el país de las mil colinas.”

Waberi muestra lo difícil que resulta escribir el genocidio, y la obligación moral se contrae con los africanos, en particular con los ruandeses, subrayando indirectamente que hasta aquí estos y aquellos, acechaban lo que el escritor africano haría de la tragedia. La posición de Waberi se caracteriza por una humildad dispuesta a recordar al lector su estatus de testigo exterior – y por consiguiente, a pedirle su indulgencia en lo relativo a los caprichos y a las licencias de la narración.

“Las cuerdas usadas para la fabricación de los violines procedían hasta muy recientemente, es decir, antes de su substitución por las fibra sintéticas, de tendones de animales – encabezados por bóvidos y caballos. Así que resulta posible extraer armonía y sublimidades del dolor y del sufrimiento. Y los tendones de Aquiles de los tutsis espantosamente seccionados antes de ser masacrados ¿serían capaces de hacer oír sinfonías tropicales en homenaje a los parientes próximos, a los hombres de aquí y de allende, a los clanes de las colinas, a la tierra grasa que se escalona en fértiles bancales, a la lluvia, a la exuberancia vegetal y a los relámpagos que estrían el cielo? ¿Acaso existen dos tipos de hombres, a imagen de esos dos tipos de tendones, uno radicalmente bueno y el otro rematadamente malo? Uno consolador de humanidad como Yehudi Menuhin que blande la batuta y otro devorador de carne humana.

El escenario es siempre el mismo. Se agrupa a la población civil en un edificio administrativo, una escuela o una iglesia obedeciendo a un anuncio oficial pronunciado directamente por el burgomaestre del municipio o por la radio nacional. Después se procede a la clasificación. Se separa a los vecinos de siempre, los feligreses de la parroquia, los amigos de infancia, los moradores de una misma parcela. A los hutus se les ruega evacuar el lugar de inmediato. Se lanza gran número de granadas a la muchedumbre amontonada. Se ametralla. Se procede a la limpia de la casa ruandesa a

fondo. En fin, el infierno del machete de los milicianos *Interahamwe* (los que se alzan juntos). Los humanos se tuercen, se contorsionan, se vacían de su sustancia, se encarrujan como el gusano cortado neto por la mitad.

El kinyarwanda se enriquece a partir de ahora con algunos términos que desprenden la fuerza de lo inédito, como *itsebatsemba* (exterminio), y *itsebabwoko* (genocidio). De lo inédito y de lo desconocido pasarán a la eternidad de la lengua.

El día de la independencia, el 1º de julio de 1962, era, al parecer, un domingo lluvioso. Ya entonces se blandía la amenaza de los exiliados tutsis todos ellos infeudados a la monarquía, ya se descartaba definitivamente la paz secular, se desbrozaban los paisajes de la discordia venidera. Ya se fantaseaba con el genocidio - la palabra como la cosa. El pequeño territorio se estrechaba hasta la asfixie. Se había puesto de moda un nuevo eslogan: “¡El trabajo, es la libertad!” En el aire y en las mentes había un estado de espera completamente lánguida, pasiva, de una violencia no tan remota. Se deseaba secretamente la incandescencia y la conflagración. Por supuesto, no tardarán los pogromos.

La persecución, primera

Se recoge a los niños mal nacidos, se les recluye en celdas sombrías. Cohabitan con matarratas, gusanos y pesticidas. Mueren de pleuresía, de inanición, y de muchos otros peligros innombrables. A la chita callando, se procede a ensayos de laboratorio. Comienza abiertamente esa violencia jamás apaciguada desde entonces. Ningún ojo curioso – ningún experto entendido en desentrañar crisis – llegará del exterior. ¡Y cómo!, la época está en plena euforia en el glacis de la guerra fría, Asia tiene el triunfo fácil, África tiene el viento en popa, la Revolución social está en su apogeo en el territorio de bolsillo mientras que Mobutu, imponente, conquistador, eructando de gozo y de aburrimiento, allí pegado, dicta sus desiderata a los grandes cobardes de este mundo.

Los exiliados, vivazmente aglutinados alrededor de la tierra matriz cuyo perfume singular ventean, sobreviven en condiciones infrahumanas – los jóvenes sin otra esperanza por canjear se alistan en las campañas lejanas, hasta Mozambique. Jamás pierden de vista el sedimento de la lengua materna. Lilibut en exilio debe tomar su mal en paciencia, de lo contrario, los grandes hermanos van a ocuparse de él con la ayuda de los belgas, de los franceses, de los americanos, de los católicos, de los campesinos, de los protestantes, y de los apóstoles del desarrollo. Se acopla lo útil a lo agradable, lo subjetivo y lo pasional.

Calle de la Serpette, Nyamirambo

La petaca de *uganda waragi*, especie de guisqui procedente de Uganda, en uno de los bolsillos traseros del battle-dress verde oliva, un talkie-walkie a la cintura, el joven oficial del APR¹, como sus congéneres de los alrededores, exhibe una calma de buda. El talkie-walkie suelta órdenes por briznas compulsivas. El soldado ve claro y lejos por la noche, es una cuestión de costumbre, de supervivencia también, para un maquis escrutador, porque alrededor se levanta una locura furiosa, sopla un viento de *amok*. Los misioneros de impotencia, los oficiales del socorro y las organizaciones no gubernamentales no han llegado, a menudo, sino mucho después de la siega, como las moscas de carne sobre el mostrador del carnicero.

Los berridos de los portadores de cráneos no son de hoy. El mundo está dividido en dos campos que todo separa y no solo el porte de dicho cráneo sobre los hombros. Los portadores de cráneo son arcaicos en su lenguaje y en su deambular, y eso, desde el ancestro negado, *Homo erectus*, aparecido en la región, en el corazón del valle del Rift para mayor precisión. Superados, no se dan cuenta ya hasta qué punto se han pasado de rosca. Podemos echar litros de tinta en la prensa local, nada cambiará ya para ellos. A partir de ahora se ha entrado en el tiempo largo de la infamia, en el después de la fábula, la caída del avión presidencial ha engullido al mundo. Ya no hay más que los supervivientes para quejarse. Nosotros ... el mundo de los fluidos ... oscurecido como tras el

estallido de la placenta, el imposible parto ... Dejamos decir, hacemos creer que el eclipse no era total.

Siega de cráneos, continuación

Presos partiéndose de la risa y trompeteando a escasos metros del sitio de sus atroces crímenes. Avanzar, exponer a la luz pública sus actuaciones es misión imposible. Los criminales se hacen una capa de piel de cordero. Interrogado, cada cual contesta con tono cansado y de manera impersonal: “¡No estábamos allí en el momento de esos hechos!” No mezclamos nuestras desgracias a las de los demás. Somos solo campesinos pobres. No las vimos venir. No oímos nada. Pregunten a los de la ciudad, los que bajaron con sus grandes coches llenos de machetes y de gasolina. Esperamos por la lluvia, esperamos una señal del cielo para comenzar con las siembras. Estábamos bien antes, los tutsis vivían en la colina como todos, trabajábamos bien juntos. No las vimos venir. No pudimos hacer nada. No queríamos morir con ellos, eso no. No se puede hacer nada por los muertos. No es culpa de nadie, o de todos, parecían decir. Bocas cosidas como ayer. Incluso cuando la censura no viene de lo alto, la sociedad organiza y sostiene sus prohibiciones. Pequeño país, hecho todo de escarpaduras, colinas, valles y lagos, hoy cambiado en tierra de penas y de osarios. Región sin gran veneno, aislado en su fortaleza montañosa, todo se acelera a partir de 1959 o casi. La desgracia danza y brinca del brazo de la Historia. Las colinas, vestidas con sus tinieblas densas, son invadidas por las milicias bóvidas que se abren un paso por entre los entrelazados de los tallos, las profusiones de las ramas y las confusiones de las lianas. Se prepara una siega de cráneos, un teatro que pudre los ojos y la cabeza cuando se tiene aún una, llena o no. La reina Murmuración los moviliza a todos, nos precipita a la mugre más fermentada. Quien no dice nada consiente plenamente. Una catedral de sangre y de ceniza se perfila – una catedral digna de las mil parroquias del pequeño país o de la de nuestros amigos del Vaticano. Una catedral imantada que atrae a los que huyen y a los traidores, como la iglesia de la Sagrada-Familia, dirigida con puño firme por el padre Wenceslas Munyesyaka². Mientras tanto, nada ondula, calma chicha, la ONU se sacude la preocupación de encima, Kofi Annan alza los hombros ante los belicistas. ¡Venga! ¡No es ni el Mesías ni el taumaturgo que se esperaba! Circulen, aquí no hay nada que ver. Sin embargo... Cargamentos de machetes rutilantes, comprados a bajo precio en China, llegan cada día al aeropuerto de Kanombé. Se va a descargar prometiendo a las cucarachas exacciones calenturientas jamás antes oídas en África. Apurando de un trago engullen botellas de cerveza Mutzig y de ron cubano. Luciendo músculos, se enjugan el rostro escuchando las palabras estimulantes de Simon Bikindi,³ destinadas exclusivamente al corazón receptivo del pueblo cultivador, antes de volver a cargar los cajones en los camiones que surcarán las siete colinas de la capital y todas las prefecturas. Amparados bajo el estandarte de los jefes cuya frente se arruga constantemente de furor, nos comemos las uñas a la espera de abalanzarnos sobre las serpientes con dos cabezas, los leprosos que hay que eliminar de la vida. Se busca sin tregua a todos los hombres y a todas las mujeres de cuello delgado, incluidos los fetos. Están jodidos. Hablemos en plata, no vale la pena dorar la píldora, están todos muertos y rematados. En el país de la Biblia, están atrapados como corderos, esos peor que eyecciones. Incluso aplastados o descuartizados, no llegamos a creer que están muertos, entonces retrocedemos para rematarlos a golpe de lo que sea, machete, podadera, bastón, garrote, kalash, hoz, hacha, piedra, palo gordo, tronco de árbol, barra de hierro, bayoneta, vara, estaca, bala, culata de fusil, neumático en llamas, ladrillo. Se da marcha atrás cantando. No tendrán la posibilidad de regresar a Etiopía por el río Nyabarongo, no se les dará el tiempo. La chusma será exterminada totalmente. Ya no se dirá nunca más el día de ayer, el día de antaño, el día de mañana. Nunca más se bordará una historia a partir de un “Érase una vez” ingenuo o arrogante. Nunca más se podrá decir tócame aquí, el sitio de la cabeza, el sitio del tórax, el sitio del vientre. Pero ¿dónde está mi cabeza? ¿Dónde está mi cuerpo? ¿Por qué ese vacío a mi alrededor? El único contacto visual es un cielo profundo, parecido a ningún otro. Nada más separará el mapa de los gustos, el mapa de los dolores, y el de los remordimientos. El acabado del trabajo nos persigue si se nos ocurre cerrar los ojos. Habíamos trabado alianza con el fuego de las profundidades. Es de noche y

hace frío alrededor de nosotros. La ciudad estaba totalmente peinada, temíamos el fuego de las cucarachas armadas. Había un complot urdido contra nuestro pueblo, el tonel de pólvora estaba preparado y ya no faltaba sino la mecha por encender. Había que contraatacar, correr más rápido que el rayo, instalar una base en la retaguardia para las mujeres, los niños y los tullidos. ¡Era el tribunal de la Santa Inquisición! He olvidado el nombre y la ubicación de la última barrera, el número de infiltrados. Solo maté a tres perritos, una nimiedad, eso es todo. No, sé ahora, me viene a la memoria, era en lo bajo del centro Christus, en Remera. Se oían por la radio las voces calurosamente patrióticas de Kantano Habimana⁴ y Valérie Bemeriki⁵. ¡Oh Bene Sebahinzi, padre de los cultivadores, acude en mi ayuda! No, sin pesar, sin lágrimas. Nada de eso entre nosotros. Eso es, es muy sencillo. Era el diluvio, un viento de locura enviado por el Diablo para ponernos en el camino vil. No me siento bien, me da vergüenza decírselo, se me puede comprender. Tengo un percance de tripas. Hay pus que me sube a la boca. Soy una turba enfurecida. Voy a terminar como mi hermano Jean-Bosco, o como el otro, Paterne, que ya no ve nada.

Los cielos son inclementes, nos dice Marcos, un viejo guía de sitio de genocidio no tan viejo. Los años recientes se hacen notar por la ausencia de las lluvias habituales. Hay sequía y luego cuando llueve son lluvias cortas que lo devastan todo a su paso. Las gentes son desgraciadas por eso. Todos los días aparecen cuerpos, en los papiros, en los pozos, con ocasión de una quema de matorrales, cuando se le da la vuelta a la tierra antes de las siembras o tan pronto como un torrente se echa cuesta abajo con fuerza. Todos los días aparecen momias atadas, abandonadas sin sepultura por unos sin-nombre. Vinieron a pie como animales. Los mataron a todos, sola mi hija menor, la que hoy está ya en edad de poder sacar agua, les escapó con la ayuda de la Providencia.”

1. APR: Armée Patriotique Rwandaise, Ejército Patriótico Ruandés, brazo armado del FPR, Frente Patriótico Ruandés.

2. El padre Wenceslas Munyeshyaka es un sacerdote ruandés que trabaja en Francia y fue condenado por genocidio por un tribunal militar ruandés.

3. El Tribunal Penal Internacional para Rwanda sentenció el 2 de diciembre del 2008 a 15 años de prisión al famoso cantante y compositor ruandés Simon Bikindi por haber incitado al genocidio de Tutsis en junio de 1994.

4. Kantano Habimana, fue un periodista ruandés, y principal presentador de la estación de radio Radio Télévision Libre des Mille Collines (RTL). Desempeñó un papel importante en la provocación del Genocidio de Ruanda.

5. Valérie Bemeriki fue una locutora de radio ruandesa, y presentadora de la Radio Télévision Libre des Mille Collines. Este fue uno de los principales medios de comunicación responsables de promover el Genocidio de Ruanda, tanto jaleando mensajes de odio como alentando la persecución de civiles tutsis.

Nota silenciada de Michel Rocard.

Viaje de Emmanuel Macron.

Mientras Emmanuel Macrón se dispone a viajar oficialmente a Ruanda este jueves 27 de mayo, una vieja nota de reflexión del socialista Michel Rocard sobre el papel de Francia en ese país vuelve a surgir y revela un análisis lúcido, nota, sin embargo, voluntariamente censurada.

Se trata de un documento inédito, o por lo menos extrañamente borrado, que ha podido procurarse el diario *Libération* en vísperas de una visita calificada de “histórica” de Emmanuel Macron, el jueves, 27 de mayo, a Ruanda.

El documento entregado a *Libération* no fue puesto en conocimiento de los investigadores de la comisión Duclert. Hoy, parece surgir de ultratumba puesto que su autor, Michel Rocard, murió en julio de 2016. Se trata de una larga reflexión sobre la política francesa en Ruanda que el antiguo primer ministro de François Mitterrand había redactado.

Su importancia es, sin embargo, evidente, mientras que la izquierda francesa permanece singularmente muda sobre la implicación francesa en Ruanda. Y que el Partido socialista sigue pareciendo roto sobre el inventario de la herencia de François Mitterrand durante este periodo crucial de la “historia ruandesa de Francia” retomando la expresión formulada por el informe Duclert.

En 1998, Rocard fue invitado a expresarse delante de la comisión parlamentaria de información (MIP) cuya misión era examinar las intervenciones militares francesas en Ruanda entre 1990 y 1994. La MIP estaba presidida por el socialista Paul Quilès. Pero el 30 de junio de 1998, su

“camarada” Michel Rocard no será autorizado, aparentemente, a leer la declaración que ha redactado, según su propia revelación en aquel momento, al diario *Libération*.

¿Qué ha pasado con esa larga declaración, nutrida por una visita de Rocard a Ruanda el año anterior? A pesar del calibre de las palabras utilizadas, no se menciona en los anexos, sin embargo abundantes, de los trabajos de la MIP, accesibles a todos. El hecho en sí parece extraño.

Debe de figurar en los archivos completos de la MIP en posesión de la Asamblea nacional. Pero de manera aún más sorprendente, la comisión Duclert se verá negado el acceso. El informe Muse tampoco consigue consultar los documentos de la MIP. La carta de misión del presidente Macron por la que se anunciaba la creación de esa comisión en abril de 2019 precisaba que los investigadores serían autorizados por primera vez a examinar todos los fondos de archivos franceses sin excepciones. La mesa de la Asamblea Nacional, presidida por Richard Ferrand, antiguo socialista y en la actualidad miembro del partido presidencial, decidirá lo contrario. Sin jamás justificar esa decisión incoherente.

Me ha parecido interesante cerrar, de momento, este conjunto de reflexiones con el discurso de Emmanuel Macron, ayer jueves 27 de mayo desde el Memorial de Gisozy. Cada cual podrá comparar con lo que precede y sacar sus propias conclusiones.

Discurso de Emmanuel Macron en Ruanda: “Vengo a reconocer el peso de nuestras responsabilidades”

Kigali, 27 de mayo de 2021.

“Solo quien ha cruzado la noche puede contarla”

Son esas palabras, llenas de gravedad y de dignidad, que retumban en este lugar, aquí, en el memorial de Gisozi, en Kigali.

Contar la noche.

Esas palabras convocan a un insondable silencio. El silencio de más de un millón de hombres, mujeres, niños que ya no están aquí para contar este interminable eclipse de la Humanidad, esas horas en las que todo enmudeció.

Nos cuentan la carrera desesperada de las víctimas, la huida a la selva, a los pantanos, una carrera sin llegada y sin esperanza, una persecución implacable que vuelve a empezar cada mañana, cada tarde, en una terrible y banal repetición del mal.

Nos hacen oír la voz de quienes, después de haber tropezado, se enfrentaron a la muerte o a la tortura de sus verdugos sin un grito, a veces para permitir la huida de un allegado, un familiar, un hijo, un amigo que habían protegido hasta su último resuello. Esas voces que callaban cuando montaba, al alba, la insostenible euforia de los cantos de las pandillas de quienes mataban “juntos” y de quienes salían, en su vocabulario desviado, al “trabajo”.

Este lugar, aquí, en Gisozi, les devuelve todo aquello de lo que se intentó privarles: un rostro, una historia, recuerdos. Deseos, sueños. Y sobre todo una identidad, un nombre – todos los nombres, grabados, uno por uno, incansablemente, en la piedra eterna de este memorial.

Ibuka, recuerda.

Esas palabras nos hacen oír también la voz de quienes cargan con la herida de aquella noche, quienes llevan la herida abierta de haber estado allí y seguir estando aquí. Aquellos cuyo sufrimiento no oímos ni antes, ni durante, ni siquiera después, y eso es tal vez lo peor. Sobrevivientes, salvados, huérfanos, es gracias a su testimonio, a su valentía, a su dignidad que medimos hasta qué punto no se trata de cifras ni de palabras, sino del insustituible espesor de sus vidas.

Esas palabras dicen una tragedia que lleva un nombre: genocidio. No se reducen a eso, sin embargo. Pues se trata, en efecto, de una vida, con todos sus sueños, segados un millón de veces.

Un genocidio no se puede comparar. Tiene una genealogía. Tiene una historia. Es único.

Un genocidio tiene una diana. Los matones no tuvieron sino una sola obsesión criminal: la erradicación de los tutsis, de todos los tutsis. Hombres, mujeres, sus padres, sus hijos. Esa obsesión se llevó por delante a todos aquellos que quisieron oponerse pero, ella no falló nunca su diana.

Un genocidio viene de lejos. Se prepara. Toma posesión de las mentes, metódicamente, para anular la humanidad del otro. Toma sus fuentes en relatos fantaseados, en estrategias de dominación elevados al rango de evidencia científica. Se instala a través de humillaciones en lo cotidiano, en las separaciones, en las deportaciones. Luego se desvela el odio absoluto, la mecánica del exterminio.

Un genocidio no se borra. Es indeleble. No tiene fin. No se vive después de un genocidio, se vive con él, como se puede.

En Ruanda, se dice que los pájaros no cantan el 7 de abril. Es como si supieran. Le toca al hombre romper el silencio.

Y es en el nombre de la vida que debemos decir, nombrar, reconocer.

Los matones que acosaban por los pantanos, las colinas, las iglesias no llevaban el rostro de Francia. No ha sido cómplice. La sangre que ha fluido no ha deshonrado sus armas, ni las manos de sus soldados que vieron, también ellos, con sus propios ojos, lo innombrable, vendaron heridas y ahogaron sus lágrimas.

Pero Francia desempeña un papel, tiene una historia y una responsabilidad política en Ruanda. Y tiene un deber: el de mirar la historia de frente y reconocer la parte de sufrimiento que le ha infligido al pueblo ruandés al hacer prevalecer durante demasiado tiempo el silencio sobre el examen de la verdad.

Al meterse desde 1990 en un conflicto en el que no tenía anterioridad alguna, Francia no supo oír la voz de quienes le habían advertido, o bien sobrestimó su fuerza al pensar poder detener lo peor.

Francia no entendió que, al querer obstaculizar un conflicto regional o una guerra civil, permanecía de hecho al lado de un régimen genocida. Al ignorar las alertas de los más lúcidos observadores, Francia asumía una responsabilidad abrumadora en un engranaje que desembocó en lo peor, toda vez que eso era precisamente lo que intentaba evitar.

En Arusha, en agosto de 1993, Francia pensaba, con los americanos, haber alcanzado la paz. Sus responsables, sus diplomáticos se habían dedicado a ello, persuadidos de que el compromiso y el reparto del poder podía prevalecer. Sus esfuerzos fueron dignos de elogio y valientes. Pero fueron barridos por una mecánica genocida que no admitía ningún impedimento ante su monstruosa planificación.

Cuando en abril de 1994, los verdugos comenzaron lo que denominaban odiosamente su “trabajo”, la comunidad internacional necesitó más de tres meses, tres interminables meses, antes de reaccionar. Todos nosotros abandonamos a centenares de miles de víctimas a ese infernal “a puerta cerrada”.

Posteriormente, mientras que responsables franceses habían tenido la lucidez y la valentía de hablar ya de genocidio, Francia no supo sacar las consecuencias apropiadas.

Desde entonces, veintisiete años de distancia amarga han transcurrido. Veintisiete años de incompreensión, de intentos de acercamiento sinceros pero fallidos. Veintisiete años de sufrimientos para aquellos cuya historia íntima sigue siendo maltratada por el antagonismo de las memorias.

Al ponerme, con humildad y respeto, a su lado, en este día, vengo para reconocer la amplitud de nuestras responsabilidades. Es proseguir así la obra de conocimiento y de verdad que solo permite el rigor del trabajo de la investigación y de los historiadores. Sosteniendo una nueva generación de investigadores, que han abierto valientemente un nuevo espacio del saber. Deseando que, al lado de Francia, todas las partes implicadas en ese periodo de la historia ruandesa abran a su vez los archivos.

Reconocer ese pasado, es también y sobre todo, proseguir la obra de justicia. Comprometiéndonos para que ninguna persona sospechosa de crímenes de genocidio pueda escapar a la justicia.

Reconocer ese pasado, nuestra responsabilidad, es un gesto sin contrapartida. Exigencia hacia nosotros mismos y para nosotros mismos. Deuda hacia las víctimas tras tantos silencios pasados. Don hacia las víctimas para las cuales podemos aún, si lo aceptan, apaciguar su dolor. Ese recorrido de reconocimiento, a través de nuestras deudas, nuestros dones, nos ofrece la esperanza de salir de esta noche y de caminar de nuevo juntos. De camino, solos quienes han cruzado la noche pueden tal vez perdonar, acordarnos la gracia de perdonarnos.

Diibuka.

Diibuka.

Quiero aquí, en el día de hoy, asegurarle a la juventud ruandesa que otro encuentro es posible. Sin borrar nada de nuestros pasados, existe la oportunidad de una alianza respetuosa, lúcida, solidaria, y mutuamente exigente, entre la juventud de Ruanda y la juventud de Francia.

Esa es la llamada que lanzo aquí en Gosizy. Es el sentido del homenaje que quiero rendir a aquellos de quienes guardaremos la memoria, que se vieron privados de un porvenir y para quienes debemos inventar otro”.

Nota.

1. Los textos citados de Alain Mabanckou, Abdourahman A. Wabery, Boubacar Boris Diop y Tierno Monénembo han sido traducidos del original francés por el autor del artículo. La información sobre los informes, la nota de Rocard y el viaje de Macron tiene su fuente en el diario *Libération*.

2. Me ha parecido interesante traducir y añadir la nota de Michel Rocard. He seleccionado y traducido los fragmentos más directamente relacionados con el genocidio.

Declaración Ruanda.

Nota de Michel Rocard. París, 30 de junio de 1998.

“Viajé a Ruanda 5 días a principios de setiembre de 1997, en calidad de Presidente de la Comisión por el Desarrollo y la Cooperación del Parlamento Europeo, y por invitación escrita del Presidente Pasteur Bisimungu. Esa invitación había sido sugerida, previa autorización mía, por uno de sus amigos y consejeros oficiosos, el francés Jean Carbonare.

He sido Primer Ministro de Francia desde el 10 de mayo de 1988 al 15 de mayo de 1991. Tuve que ocuparme mucho de África por razones que tenían que ver con nuestro presupuesto, con la zona franco o con la situación de Air Afrique. Pero quedaba tácitamente admitido que la acción diplomática y militar de Francia en África, estaba fuera de mis competencias por completo. El Ministro de la Cooperación, Señor Jacques Pelletier, amigo mío, no hubiera podido mantenerme al corriente sin poner en entredicho la confianza que depositaba en él el Presidente de la República. Así que no he oído hablar nunca de Ruanda en ese periodo durante el cual se lanzó la operación Noroit, de la que tuve conocimiento por la prensa.

Me fui con una visión simplificadora: la victoria del Frente Patriótico Ruandés había puesto punto final a un genocidio espantoso, y me fui con un solo objetivo: en la situación de toda esa región, Ruanda, Burundi, República Democrática del Congo, cómo Europa podía establecer con las nuevas autoridades una relación lo suficientemente eficaz como para que nuestra cooperación contribuyera de la mejor manera posible a la reconstrucción y al desarrollo de Ruanda y de la región. Mi viaje se limitó a Ruanda solo por falta de tiempo.

Así que me dediqué a escuchar mucho, a entrevistarme con unas cincuenta personas, hutus y tutsis, del gobierno, de sus servicios, de la oposición reciente e incluso de la oposición antigua. Por supuesto que escuché también a los embajadores presentes de la Unión Europea.

Muchas eran las preguntas que permanecían sin respuesta.

¿Cuál ha sido el papel exacto de los “consejeros” militares franceses de la operación Noiroit?

¿Sirvieron o no al fuego contra el FPR en el otoño de 1990?

Las autoridades ruandesas consideran como seguro que el jefe del FPR, el general Fred Rwigyema, para ellos, el héroe nacional artífice del ejército de liberación, cayó víctima de un obús francés, disparado por artilleros franceses. ¿Hay alguna certeza, alguna probabilidad para que eso sea cierto? ¿Cuándo se efectuaron las últimas entregas de armas francesas a Habyarimana?

Cuando uno de los elementos de Turquoise en junio de 1994, por lo que parece, se instala cerca de una escuela de Gigonkoro en Murambi, apenas 15 días después del final de las masacres, ¿saben o no sus responsables que su acuartelamiento está a treinta metros apenas de la extremidad de la mayor fosa común de Ruanda, de donde fueron retirados 17 000 cadáveres, muchos de los cuales permanecen expuestos en el edificio de la escuela, es decir el antiguo acuartelamiento de Turquoise?

No tengo respuesta para ninguna de esas preguntas, pero practicar la cooperación, es decir hacer política en la región lleva a entrevistarse con dirigentes que consideran todos ellos que las respuestas son conocidas, las dan por seguras y llegan a la conclusión de que la responsabilidad de Francia es enorme.

Los presidentes Valéry Giscard d'Estaing y Juvénal Habyarimana firman, con ocasión de un safari en 1975, un acuerdo de asistencia militar. Acuerdo modesto. De hecho, Francia ha firmado una buena docena de otros acuerdos con diversos países de África. Está a la moda. El régimen de Habyarimana manifiesta ya una referencia racista notoria, pero se limita a perseguir, todavía mata poco. Y su país parece un lugar de paz al lado de su vecina Uganda donde gobierna el odioso Idi Amin Dada. En ese ambiente, ambos presidentes tienen los poderes para firmar ese primer acuerdo desde el cual, sin embargo, todo va a fluir.

En todo caso en ese estado de las relaciones políticas y jurídicas, el presidente Habyarimana tiene base, cuando se produce la ofensiva del Frente Patriótico Ruandés en el Noreste, llegando de Uganda, en octubre de 1990, para apelar a Francia en su ayuda dirigiéndose directamente al Presidente de la República [Mitterrand] por mediación de su consejero especial para África que no es otro que su propio hijo.

¿Se ejecutó mecánicamente un compromiso internacional firmado sin plantearse más cuestiones? ¿Se hizo una evaluación completa de la situación? No lo sé. ¿En qué se había transformado el régimen de Habyarimana? ¿Cuál era la realidad de ese Frente Patriótico Ruandés? ¿Alguien planteó esas preguntas? Todo ello es grave.

De todos modos, la operación Noiroit se decidió. Va a concernir, por lo que he leído en prensa, varios centenares de paracaidistas. Tengo mis dudas en cuanto a pensar que basta con sus profundos conocimientos y su criterio para conseguir el objetivo militar fijado: el parón de la ofensiva del FPR y el paso de una guerra de movimiento a una guerra de posición. Al creador del FPR, general Fred Rwigyema, lo matan en ese momento. ¿Quién lo mata? No lo sé, ya lo he dicho. Nuestra ayuda militar continúa, de todas formas, hasta hacia 1994.

Las autoridades francesas responsables del dossier, sin embargo, comienzan a sentir que la causa es de una ética incierta. Nos asociamos con la ONU, la OUA, y con más naciones, entre ellas los Estados Unidos, para presionar y organizar una conferencia, en Arusha, Tanzania y firmar el acuerdo de 4 de agosto de 1993. Tal acuerdo preveía no solo la paz sino la instauración de un gobierno de Unión Nacional. De todos es sabido que el acuerdo quedó en el estado de letra muerta. Lo cierto es que el régimen de Habyarimana, en el momento de la conferencia de Arusha, estaba ya muy avanzado en la vía de la organización social *monoétnica* acosadora. En ese ambiente tuvo lugar, poco después de su regreso a Kigali, aquella declaración suya: “Los acuerdos de Arusha, son papel mojado”.

Para caracterizar el ambiente, me ha parecido útil traer [ante la comisión de investigación parlamentaria] una copia del célebre periódico de cuatro páginas [*Kangura*] que se distribuyó por los servicios de policía y de la seguridad de Habyarimana a varios millares de ejemplares si no alcanzó el millón, a partir de diciembre de 1990.

Tuve que repetir en varias ocasiones y firmemente, allá, e insisto en repetirlo aquí, que naturalmente ningún hombre político puede ser responsabilizado del uso que se haga de sus fotos. Ahora bien, los *10 mandamientos*, publicados en 1990, merecen meditación. No me atreví a pedir que me tradujeran

oficialmente la primera página. Parece tratarse de una puesta en evidencia de los más moderados entre los miembros del gobierno Habyarimana de la época, pero no me atrevería a asegurarlo. En todo caso, a su regreso de Arusha, Habyarimana, al contrario de lo que acababa de firmar, endurece su régimen.

Me ha llegado el eco [...] que fue a partir de ese momento, finales de agosto de 1993 cuando habría comenzado la preparación metódica del genocidio: primeras listas de jefes de pelotones de asesinos, primeras listas de dianas que había que abatir. [...] Lo único más o menos cierto es que el genocidio que arrancó el 6 de abril de 1994 presenta una eficacia técnica lo suficientemente notoria como para que fuera posible imaginar que no hubiera, por detrás, una preparación larga y meticulosa. ¿Qué hubo realmente? ¿Qué se sabía en París? ¿Hasta qué punto los embajadores presentes en Kigali y, especialmente el de Francia, percibieron lo que ocurría y lo notificaron?

Es en todo caso en un ambiente extremadamente enrarecido cuando llega el atentado que el 6 de abril derriba el avión en el que se encuentran los dos presidentes de Burundi, Cyprien Ntaryanira, y de Ruanda Juvénal Habyarimana. El diccionario enciclopédico de Historia de Mourre se queda con la tesis de un tiro por los extremistas hutus hostiles al tratado de Arusha y a toda política de reconciliación [...] En todo caso se toma como la señal de inicio del genocidio.

¿Hasta cuándo exactamente Francia ha ayudado militarmente al régimen ahora monstruoso de Habyarimana y su efímero sucesor?

La operación *Turquoise* es sin duda un gran éxito de logística militar y de obediencia perfecta a las órdenes de la autoridad política. Creo a nuestros oficiales y en nuestras tropas, fuera del alcance de cualquier reproche. Pero ¿cuáles fueron las dificultades internacionales a las que se debe que se haya desplegado tan tarde?

¿Su objetivo principal era proteger a los tutsis que estaban siendo masacrados, o a los hutus que se creía estaban siendo amenazados de una contra masacre por parte del FPR vencedor, mayoritariamente tutsi? Tomó, en efecto, la capital Kigali el 4 de julio de 1994. ¿Se podía imaginar que más allá de parar toda masacre en la zona *Turquoise*, esta operación permitiera a decenas de matones de las FAR y de las milicias de Habyarimana escapar hacia el Zaire vecino?

He pasado cinco días en Ruanda. La radio local ha hablado del desarrollo de mi visita en todos sus boletines informativos de mediodía y de la tarde. Es demasiado. En cada uno de esos boletines se ha recordado que yo era diputado europeo, Presidente de la comisión de Desarrollo y de Cooperación pero nunca se dijo que era ciudadano francés ni que había sido Primer Ministro de mi país. Esto es revelador.

Desde la “Revolución de 1959” como se llama en Ruanda, la mayoría hutua y sus dirigentes comienzan a acosar gravemente a la minoría tutsia, a tal punto que la familia Kagame huye desde entonces, el joven Paul tiene 3 años.

¿De dónde procede tanto odio? Es sabido que durante tres siglos de existencia del reino de Ruanda las dos etnias ya distintas, cohabitaban sin demasiados dramas. La acción de los colonizadores, alemán primero, y después belga, va a agravar, muy astutamente, ese antagonismo. Que se recuerde las cartas de identidad con su mención étnica, distribuidas al inicio de los años 30 que obligaron a clasificar al 30% de la población local, procedente de matrimonios mixtos que no sabían dónde meterse ni lo deseaban. En todo caso, las autoridades belgas con el respaldo de la iglesia católica promocionó y sostuvo abiertamente a los tutsis para apoyarse en ellos, escolarizarlos, y transformarlos en la élite local sobre la cual se basaría su poder. Ahora bien, en 1958-59, como todos en África o casi, los tutsis piden la independencia. La administración colonial piensa entonces en apoyarse en la mayoría hutua y deja hacer, por no decir que la inspira, la “revolución del 59” que derriba a la monarquía y genera el movimiento hacia la independencia.

No puede haber para mí política digna que no se base en decisiones morales. En esa maraña de violencias, la causa más injusta me parece ser la de Habyarimana. La causa menos injusta la del Frente Patriótico Ruandés.

El FPR vencedor, asume el poder. Tiene la prudencia de componer un gobierno *biétnico* siguiendo la composición fijada por los acuerdos d Arusha de 1993, con la única excepción por supuesto de los dos partidos genocidas, el de Habyarimana y otro pequeño partido asociado.

En cuanto al número de víctimas del genocidio varían entre 500 000 y un millón. El número de hutus que se negaron a participar en el genocidio, perseguidos y asesinados por ello, es también bastante incierto: entre una cuarta y una tercera parte del total tal vez.

Algunos miles de miembros de los exFAR, genocidas en su mayoría, regresaron al país clandestinamente y continuaron con las masacres con la doble meta de “terminar el trabajo”, es decir, el genocidio y desestabilizar al gobierno que los ha vencido. La reacción de ese gobierno es sin piedad y a menudo excesiva.”

Michel Rocard.

He aquí los documentos de *Kangura* que Michel Rocard deposita ante la MIP.

Los 10 mandamientos del Muhutu, *Los mandamientos del odio*



El texto siguiente, publicado en Francia el 2 de julio de 1994 por el periódico *L'Humanité*, es una prueba más de la manera en que el racismo anti-utsi y el odio contra los hutus demócratas han sido exacerbados en Ruanda durante los años que precedieron al genocidio.

En diciembre de 1990, es decir meses después de la intervención de un cuerpo expedicionario francés al lado de las fuerzas de represión del general-presidente Habyarimana, la revista *Kangura*¹ (el “despertar”, periódico oficioso del entorno presidencial) publicó los “diez mandamientos del odio”.

Hecho significativo, en la última página de ese número, un gran retrato de François Mitterrand, con a guisa de leyenda, un dicho local según el cual “*los grandes amigos, están presentes cuando se necesitan*”...

Estos son los diez mandamientos:

1. Todo Muhutu debe saber que Umututsikazi² donde quiera que esté, trabaja a sueldo de su etnia tutsi. Por lo tanto, es traidor el Muhutu

* que se casa con una Mututsikazi;

* que se echa de concubina a una Umututsikazi:

* que coge por secretaria a una Umututsikazi o que la protege.

2. Todo Muhutu debe saber que nuestras chicas Bahutukazi son más dignas y más conciencizadas en su papel de mujer, de esposa y de madre de familia. ¡No son acaso bonitas, buenas secretarias y más honradas!

3. Bahutukazi, sean vigilantes y hagan volver a sus maridos, a sus hermanos y a sus hijos a la razón.

4. Todo Muhutu debe saber que todo Mututsi es deshonesto en los negocios. Solo busca la supremacía de su etnia. Por tanto, es traidor todo Muhutsu

- * que cierra tratos de negocios con los Batutsis;

- * que pone dinero suyo o dinero del Estado en empresas de algún Mututsi:

- * que le presta o le pide prestado dinero a un Mututsi

- * que le hace favores a los Batutsi en los negocios (dar licencias de importación, préstamos bancarios, parcelas para la construcción, mercados públicos...).

5. Los puestos estratégicos ya sean políticos, administrativos, económicos, militares y de la seguridad deben estar en manos de los Bahutu.

6. El sector de la Enseñanza (alumnos, estudiantes, docentes) deberá ser mayoritariamente Hutu.

7. Las Fuerzas Armadas Ruandesas deben ser exclusivamente Hutu. La experiencia de la guerra de octubre de 1990 nos lo ha dejado claro. Ningún militar podrá contraer matrimonio con una Mututsikazi.

8. Los Bahutu deben dejar de apiadarse de los Batutsi.

9. Los Bahutus, donde quiera que se encuentren, deben estar unidos, solidarios y preocupados por lo que les pasa a sus hermanos Bahutu.

- * Los Bahutu del interior y del exterior de Ruanda deben buscar constantemente amigos y aliados para la causa Hutu, empezando por sus hermanos Bantúes.

- * Deben salir al paso constantemente a la propaganda tutsi.

- * Los Bahutu deben estar firmes y vigilantes ante su enemigo común tutsi.

10. La Revolución Social de 1959, el Referendum de 1961, y la ideología Hutu deben enseñarse a todo Muhutu y a todos los niveles. Todo Muhutu debe difundir ampliamente la presente ideología.

Es traidor todo Muhutu que persiga a su hermano Muhutu por haber leído y enseñado esta ideología.

Kangura, diciembre de 1990.

En la última página (cuarta plana) de ese célebre número de *Kangura* que sale un mes después de que militares franceses hayan ayudado a las FAR a contener la ofensiva del FPR, está entronizado el retrato de François Mitterrand con el titular: “Un verdadero amigo de Ruanda”.

El 2 de junio de 1994, el periódico *L’Humanité* se interroga:

“Nosotros planteamos una vez más la doble pregunta: ¿Por qué las autoridades francesas cuyos representantes en Ruanda han leído sin la menor duda esos “mandamientos” no han denunciado esta subida de la incitación al crimen? ¿Por qué han aumentado, al contrario, su apoyo y su ayuda a quienes preparaban el genocidio de abril pasado?”

1. La revista bimensual Kangura, “La voz que busca despertar y guiar al “pueblo mayoritario” está dirigida por Hassan Ngeze que el poder había colocado para encabezar esa revista “privada” pero cuyos hilos estaban movidos principalmente por Félicien Kabuga, el financiero de la Akaza (la Akaza significa “casita” y correspondía al núcleo duro de los dirigentes extremistas).

2. Mujer tutsia.

Pedro Suárez Martín
28 de mayo de 2021.